Este libro pertenece a
la biblioteca de la
Nueva Orden del
Depravado
y a la
Gran Academia de
las Artes Oscuras.

Índice

Prólogo 1

Capítulo I - La Profecía

El primordial 3

El infierno 9

La devastación 12

El rostro de metal 15

La persecución 18

La gran serpiente 21

La comunión 22

La boda 26

Capítulo II - La Academia

La contención 35

La crueldad 38

El llamado 41

Las 6 pesadillas de Babalón 45

Manía nocturna 52

Pasión y vesania 55

Espíritu incendiario 58

El pueblo pesquero 61

Escuadron de asalto - Fuego 65

Escuadron de asalto - Hielo 70

Apoteosis 77

Solsticio de verano 80

La forma de la comedia 87

Mi amor inmortal 90

La doncella de sangre 93

Alabado sea el sol 99

La calamidad 102

Capítulo III – El Dragón

Cien mil miradas 111

¿A dónde fue el dragón? 114

Solsticio de invierno 119

Los hijos de la luna 123

La fundamentalista 125

La marcha de los draconianos de fuego 128

La mesa redonda 131

Capítulo IV - El Castillo

La canción del castillo en el cielo 135

Mi corazón roto 137

El cuerpo del horror 139

Una carta de disculpas 141

El gran conjuro 146

Luz y fuerza 160

Portada por *Esteban Delgadillo, Sangre Sasha.*

Corrección por *Monie, Valentina Saucedo, Evelyn Wolhein.*

Maquetación por *Thoth Libros, Sangre Sasha.*

Prólogo

Y cuando el demiurgo nació, su orgullo se elevó como una montaña, y una gran sombra se proyectó desde sus pies...

Esta figura tomó dos formas, las cuales se escondieron entre engaños y artificios, enredando los hilos del destino...

Todo se corrompió después de esto: Los ángeles se rebelaron, y los jueces del demiurgo, despojados de la confianza en su creador, confabularon en su contra...

¡Sobre el escenario se presentan nuestros actores! ¡Divinidades y mortales! ¡Participando de una sátira cósmica que los envuelve a todos!

Y cuando la primera madre contempló esta pieza, sus lágrimas brotaron en un llanto inconsolable...

Una melancólica canción, que se transformaría en una insidiosa enfermedad...

Capítulo 1: La Profecía

El primordial

Memorias del Engendro

Hace millones de años, una fortaleza se erigió en una tierra desconocida, oculta entre árboles y montañas, escapando de la mirada de los mortales.

Aventureros habían visitado esa morada del pecado, ansiosos por presenciar la leyenda. Todos salían malditos por culpa de la curiosidad, con los labios ulcerados y las mentes en descomposición.

Desperté de mi sueño al otro lado de grandes piedras, desnudo, entre lápidas, y me moví tambaleante, como un animal recién nacido, entre penitentes, escuchando cómo lamentaban en un lenguaje extraño su encuentro con lo prohibido. Aun así, pedían más y más. Fanáticos, muertos en vida, entregados a la decadencia.

Poco a poco, recuperé la memoria y entre visiones, pude ver a aquel que me había convocado. Fornido, de piel de gris, tan estirada que casi dejaba ver sus músculos. Me observaba desde el umbral de mi delirio.

Mi cuerpo estaba sucio, escuálido; mis pies lacerados, pero no sentía hambre ni dolor. ¿Dónde me encontraba? Voces en mi cabeza me susurraban, me dijeron que me hallaba en una noche eterna. A mi alrededor se alzaban enormes pilares blancos que llamaron mi atención así que los seguí.

Caminé unos pocos kilómetros hasta que me encontré, al fin, más cerca. El camino se volvió más ameno y pude sentir el pasto crecer bajo mis pies, dándome la bienvenida. Y como si fuese un espejismo, a pocos metros estaba mi destino: el castillo. Sus largas puntas me invitaban a descubrir los secretos en su interior.

Un pozo que se encontraba fuera de la primera muralla interrumpió mi andar y me vi en el agua. Dos ojos rojos, piel verde cubierta de escamas viscosas y dos protuberancias en mi cabeza.

Mientras me distraía con mi aberrante forma física, mi reflejo se empezó a mover y pude contemplar su figura por primera vez. Era de color sangre, con tentáculos que salían de sus genitales; una diosa erótica. El cielo, de color violeta con nubarrones negros, rugió colérico, así que entre.

Vi un jardín de flores pálidas, casi translúcidas, que se enredaban entre las ruinas de un enorme laberinto, rodeado de faroles que lo iluminaban con una suave luz blanca. El aire estaba impregnado de un dulce aroma a jazmín. Allí, voces demoníacas, algunas graves y otras agudas, cantaron varias melodías, todas diferentes, disonantes y con una sofocante intensidad.

A mi izquierda, en medio de arbustos, había otro pozo. Me acerqué, miré dentro y sucedió de nuevo: vi la cara del súcubo. Su mandíbula tenía una curva delicada que terminaba en coágulos protuberantes. Esta vez, sus pupilas penetraron directamente en las mías. Ella rio y se fue. Mi corazón palpitó con lujuria al vislumbrar su silueta; tuve el impulso de meter mis sucias uñas entre los nódulos pulposos de su cintura.

Seguí mi camino hasta chocar con una muralla de piedra al final del jardín, con tres húmedas puertas de madera que parecían deshacerse por el moho. Ingresé por la del medio y al pasar vi un salón liminal, con el techo muy alto. Las alfombras, cubiertas de polvo, eran de color carmesí, las paredes estaban tapadas por altas estanterías de libros y en el medio había un trono.

Me acerqué a él y en mis retinas se imprimieron unos símbolos mágicos. Un pentagrama con trece sigilos rodeándolo. En una esquina esperaban dos escaleras que iban hacia abajo. Bajé por la primera.

Húmedo, con las paredes hechas de ladrillo negro, un calabozo yacía en el subterráneo. En el centro había una enorme piedra con un símbolo que parecía una mezcla entre una hoz y una cruz, rodeada de antorchas recién encendidas. Espasmos recorrieron todo mi cuerpo: pude ver las orgías de sangre y cómo dos astros se manifestaban en la ciudadela para conspirar contra su propio creador.

Lejos de asustarme, contemplar todo eso me conmovió, pero en mi mente había una extraña familiaridad con esta visión, así que mi fascinación se

convirtió en indiferencia muy rápido y decidí volver para tomar la escalera derecha. Al bajar, me encontré con una capilla. Mugrienta, un rincón de adoración desvirtuado.

Mis pisadas sonaban asquerosas, ensuciaban la madera sobre la que caminaba y rompían con el silencio en la sala. Ahí había más estanterías de libros y en el medio se erguía otra enorme roca. Frente a esta, en el piso, estaba dibujada con sal una estrella de seis puntas. La luz de las velas era tan tenue que, al acercarme al altar, algunas se apagaron.

Cuando todo quedó a oscuras, un resplandor violeta comenzó a brillar en el centro de la figura de sal, emergiendo desde las grietas del suelo.

Entre destellos de luz que recorrieron toda la sala, se hizo presente el adversario, la deidad a la que los muertos vivientes llamaban en sus gemidos: *Saturno*. Lo observé con curiosidad. Era alto, sus hombros eran grandes. Nuestras miradas se encontraron, él apartó la vista y bajó la cabeza lentamente, hasta hincarse ante mí. Estaba venerándome, aquel dios sumiso.

Cerré los ojos y cuando los abrí ya no me encontraba en aquella iglesia, estaba en una habitación hecha de rejas y chapas oxidadas. Las paredes eran de un metal oscuro del que se escurría un líquido de color negro y había antorchas con cadenas colgando de ellas. Frente a mí seguía el energúmeno. Me acerqué y él recitó un poema con una voz profunda y gutural:

Ehye el' yar Uh'eog ah' uhall vulg
mag, Enge eh' mgepmeg er'luh...
Nilgeh'ri ehna eh' mgepaeh'nga,
C' gnaiih ph'nglui, Bthnkor ah nog...

El infierno

Después de escuchar sus palabras, me desmayé. Cuando volví en mí, estaba en una habitación de acero aún más pequeña. Allí se presentó el súcubo y un sonido áspero, como el siseo de una serpiente, salió de su boca.

— Mi amor, mi nombre es *Babalón*, y vos serás recordado como el *Engendro*, el primer recipiente. Las Fuerzas del Mal te eligieron para habitar el cuerpo de un *Primordial*, un descendiente directo del arquitecto del mundo material, y así vas a dar un paso hacia el mundo de los hombres.

Cuando sus palabras cesaron, se dirigió hacia una tosca puerta que se encontraba detrás de ella, me miró fijamente y recorrió la superficie con sus dedos, como si quisiera que la atravesara. Ante mí se extendió una enorme ciudad.

No había nada vivo en aquella metrópolis, solo torres gigantescas de metal negro, con llamas brotando de sus aberturas. El firmamento estaba cubierto por una capa densa de nubes oscuras, que se arremolinaban

con tonos de gris plomo y azul eléctrico, como si estuviesen en constante ebullición. La urbe parecía una colmena de estructuras que se alzaban como monolitos hacia un cielo extraño.

Continué caminando por el inframundo, al lado de muertos vivientes, necrosados, que vomitaban mientras caminaban. Me acerqué y uno de ellos me confirmó que estaban pagando por su amor a aquellos planetas a los que adoraban con fervor. Los miré con desidia y seguí mi paso hasta llegar a un portón muy alto. Detrás de este se erigió una catedral. Me adentré y otra vez estaba presente el súcubo. Flotó por el aire como un espectro, se acercó a mi oído y susurró:

— Esta es tu última parada antes de la verdad.

Babalón parecía más joven. Su piel se había vuelto blanca, tenía dos alas muy grandes y llevaba puesto un vestido rojo, del cual se escurría un líquido purulento. A pesar de ser hermosa, por momentos su forma se desdibujaba, colando pensamientos obscenos en mi percepción, su cambiante forma de doncella no era real. Sus brillantes ojos escarlata estaban vacíos y desprovistos de cualquier tipo de humanidad.

Se movió a un costado, dejando ver un umbral y, cuando lo atravesé, me esperaba un cubo negro. Estaba flotando en medio de dos antorchas. Me acerqué y me habló. Aquella forma geométrica era Saturno. Su voz retumbó por kilómetros.

— Mi señor, el artífice de todo lo que se puede tocar me otorgó el cargo de Arconte, para regir el destino como su juez — enunció orgullosamente— Pero cuando la discordia se plantó en mi corazón, mi hermana Babalón y yo decidimos conspirar en su contra. Vos sos el fruto de mi semilla y fuiste concebido para transmutar primero en un mago y luego en un arma.

Desde abajo y detrás de él escuché gruñidos y gritos, cientos de ellos, como si energúmenos estuvieran siendo engendradas. Mi viaje llegaba a su fin.

Yo soy el Primero y dos Empíreos vendrán después de mí. Conmigo se hace real la Gran Conspiración, con este cuerpo abro camino para la bestia. He aquí mi testamento, escrito con la sangre de Babalón, a ser entregado a mi próximo recipiente.

La devastación

Las almas de los inocentes sufrirán por la ambición de *El Depravado*, mientras que los culpables se regocijarán con su retorno al plano terrenal. Sexo, muerte, sangre, pecado, blasfemia, todo en nombre del emperador del nuevo mundo.

Todas las familias se romperán, todos los ojos mirarán hacia él, ya sea llorando o llenándose de regocijo. Los comunes clamarán auxilio, mientras los marginados reirán al son de las campanas de su iglesia.

Una nueva era se alzará con las trompetas de los asesinos de ángeles. Todos los infantes nacerán con el estigma en la sien, anhelando la leche de mis pechos, sedientos de mi horripilante milagro. Todas las lenguas se congregarán frente a estas obscenidades, cubiertas de odio y desprecio hacia los antiguos pilares del orden, y se frotarán entre ellas sin pudor alguno, compartiendo su nueva e impura saliva. No habrá luz que pueda escapar de la insoportable oscuridad, ni sano que pueda huir de la locura que conlleva su bienvenida.

Sexo, muerte, sangre, pecado, blasfemia, todo en nombre del rey del nuevo mundo. Los jueces nos alzaremos en medio de los tumultos, solo quedará sucumbir ante nuestras voluntades.

Esta es la danza de los hematófagos, la noche de la devastación.

Desfilan con sus hachas los reptiles, vestidos con cuero, dirigidos por la destrucción y la espada ámbar.

¡Disfrutá de la noche y tomá sangre, soldado! ¡Tenés que maldecir el día!

Disfrutá de tu festín, este es tu momento. Tu hambre será saciada, hijo mío, y al final de la fiesta podremos reencontrarnos…

Baila, mi tesoro, con el furor que solo un cazador de las sombras conoce, y cumple tu promesa de perversión…

Hombres y mujeres deben postrarse ante ti, representante del mal...

Ymag' Yaah Uaaah Ya Cloigehye

Esta es nuestra inexorable fe hacia vos, entregamos nuestra carne a tu disposición, abusa y maltrata nuestras envolturas mortales y llénalas con tu vital líquido...

Tus hijos te aguardan, tus hijos te añoran...

Dormiremos y viviremos en la miseria por vos...

El rostro de metal

Memorias del caballero Guillermo V, hijo del Sol

La encontré en las ruinas de un santuario. Estábamos en una misión cuyo objetivo era conquistar las tierras del este. Mis camaradas habían avistado unas mezquitas en el medio del desierto, por lo que decidimos explorar. Nos adentramos más hasta encontrar una enorme puerta de roca que tenía grabados unos símbolos con formas asimétricas que parecían hablar un idioma perdido.

Dentro nos topamos con lo que podría llamarse un complejo de piezas de metal, no sabría describirlo de otra forma, muchas chocaban entre ellas como si hubiesen sido forjadas dentro del templo, pero eso era imposible.

¿Qué clase de magia oscura era esta? Quería ordenar la retirada, pero estaba petrificado, había algo dentro de mí que me empujaba a indagar. Estaba en un punto ciego de la guerra, no había forma de que la Primera Orden se enterase o ¡¿Acaso los ángeles me observaban?!

En el medio del cuarto dormía un cofre. Lo golpeamos con nuestras espadas hasta el hartazgo, pero todo fue inútil, estaba sellado.

Me percaté de unas ranuras en el piso, parecidas a grietas creadas por el óxido, y fui poseído por algún tipo de fuerza. Un momento se borró de mi mente.

Cuando entré en razón todos mis acompañantes estaban muertos, degollados, y sangre se derramaba desde el filo de mi espada. El líquido corrió por las hendiduras del piso y como un acto de ilusión fue drenado al baúl.

Violentamente convulsionó, como si algo quisiera salir de allí, y cuando paró se abrió. Me acerqué y dentro había un antifaz color negro, hecho de un acero parecido al que cubría las paredes del calabozo.

Me lo puse y escuché gritos de aves, se repetían una y otra vez, formando una frase:

Ce' Le' Bug Na'ghftyar

Así, con la máscara puesta, comandé los cadáveres de mis aliados, y luego los de mis adversarios, y destruyeron a todos mis enemigos, protegiéndome en el camino de vuelta a casa.

La persecución

Memorias del caballero Joaquín IV, hijo del sol

Luché día y noche por mi iglesia, comandado por el papa y los ángeles. Luché por mi fe, por llevar la palabra del señor a los habitantes de las tierras que todavía no habían sido purificadas. Mi misión era conquistar las almas de los hombres a punta de espada.

Así borramos civilizaciones enteras en nuestras campañas de conversión, visitamos comunidades escondidas entre las arenas del desierto y llevamos a ellas la paz del Arquitecto, sentando en estas zonas campamentos en donde vivirían nuestras familias. En estos viajes muchos de nosotros visitamos sus templos. Allí encontramos desafíos a nuestras creencias, reliquias ancestrales. Llevamos estos objetos, escondidos entre los demás tesoros, hasta el final de la guerra.

Al volver a nuestros hogares los obispos nos miraban con asco y preocupación. Al parecer, la iglesia se había enterado de nuestros descubrimientos y temíamos por nuestras vidas, porque nuestra iglesia era severa. Con

puño de hierro nos persiguieron, nos torturaron, nos traicionaron.

Yo escapé y me despojé de todo lo que podía relacionarme con la orden: abandoné a mi familia y concurrí a los peores bares del submundo, lugares donde se escondían también otros criminales de guerra. Mataron a casi todos mis compañeros y terminaron el genocidio asesinando a nuestro líder, al Gran Freire.

Él era un hombre que había dado su vida a la Primera Orden, sosteniendo a sus miembros en momentos de duda. Fue humillado públicamente y luego quemado en la hoguera. Antes de morir sus gritos de agonía se volvieron guturales, disonantes, alienígenas, y dijo:

¡YMAG ER'LUHOR OT EHTEEOG!

En total fuimos trece los que sobrevivimos al genocidio. En la última noche de la persecución vagué en mis pensamientos, imaginando como mi familia era ejecutada. Cuando concilié el sueño, en ellos se hizo presente la aparición de una mujer vestida de rojo, quien me sedujo y copuló conmigo.

El placer que sentí fue inhumano, con su sexo esa dama se robó mi voluntad. Al despertar, sentí paz.

Después de tanta paranoia, sentí una luz sobre mi cabeza, como una aureola, como si hubiese sido tocado por algo más allá del arquitecto, algo que podía darle sentido a mi vida otra vez. Sentí la necesidad de servir, de conocer la verdad.

Y con los demás herejes decidimos reunirnos, solo para enterarnos de que todos nosotros habíamos sido llamados y que todos teníamos artefactos robados en nuestras travesías. Al juntarlos, demonios y jueces se hicieron presentes, y con ellos encontramos valioso conocimiento, volviéndose el centro de nuestra fe renovada.

Nuestros ojos estaban abriéndose. Se nos prometió la victoria, pero a cambio debíamos construir un castillo más allá del horizonte. Caminamos durante semanas hacia el sur, reclutando hombres jóvenes y adultos, en cuyos corazones sembramos la semilla de la discordia.

Al llegar, una guerrera de cabello naranja nos recibió y, con una embriagadora voz, nos dirigió en el levantamiento de nuestro monumento al mal. Un blasfemo canto de piedra hacia los cielos.

La gran serpiente

En estos escritos se revelan los secretos de los vampiros, las maldiciones que pesan sobre los no muertos y los conjuros de los dioses prohibidos.

Tu destino, engendro del infierno, es tan intrincado como un laberinto, serás un mago y una espada.

Mis labios se fundirán con los tuyos, seré tu reina y tu sirvienta, amor mío, cuando nos veamos, el dolor y el amor serán inevitables.

La comunión

Memorias de Ayda, la anciana

Hace unas cuantas noches, unos hombres comenzaron a migrar a nuestro bosque. Se desplazaban con el sigilo de las sombras, envueltos en capas negras que absorbían la tenue luz de la luna. No eran viajeros comunes, y su presencia, bulliciosa, parecía haber interrumpido la tranquilidad de la naturaleza a nuestro alrededor.

Al principio, la gente del pueblo no les dio importancia, pero a mis setenta y tres años podía reconocer el mal con solo mirarlo, y sabía que aquellos hombres no eran simples peregrinos. Eran templarios, sí, pero ya no practicaban la fe por la que alguna vez habían peleado en tierras santas. En sus ropas se vislumbraban símbolos ajenos a la Primera Orden.

Mi nieto, Caín, era un muchacho inquieto, lleno de curiosidad, una curiosidad que a menudo lo llevaba a lugares prohibidos. Desde la llegada de esos hombres, noté que una llama se encendía en sus ojos cada vez que escuchaba a alguien hablar de ellos.

A pesar de mis advertencias y de los cuentos que le relaté, sobre brujas y gules, no pude contener su espíritu aventurero.

Una noche, cuando la luna estaba en su punto más alto y su luz bañaba la villa, escuché ruidos viniendo de la parte trasera de nuestra casa, al lado del cuarto de Caín. Primero fue solo un golpe en su ventana. Fui a mirar y él seguía durmiendo, pero, de un momento a otro, un zumbido me aturdió.

Era potente, como el de una avispa monstruosa dentro de mi cabeza. Me tapé los oídos, intenté caminar hasta el comedor, pero el sonido seguía retumbando en mi cabeza. A este le siguió un estruendo, era vidrio rompiéndose: Caín. Fui como pude hasta su cuarto y solo encontré el viento haciendo volar sus cortinas.

Los rumores en el pueblo crecieron rápidamente, pero a pesar de mis súplicas nadie se dignó a ayudarme. Solo me contaban lo que sabían o habían escuchado. Algunos afirmaban haberlo visto caminando entre otros blasfemos, con la mirada perdida y la boca murmurando palabras extrañas. Otros decían que el bosque había cambiado desde la llegada de los forasteros, que las sombras se veían más largas y que el aire se sentía más pesado.

Necesitaba encontrar a mi nieto, así que me adentré en las sombras.

Los árboles que antes me acogían a mí y a mi hogar ahora se erguían amenazantes, formando con sus ramas arcos oscuros sobre mi cabeza. Caminé entre susurros que parecían brotar del suelo mismo, hasta que llegué a un claro. Ahí vi a muchos hombres adultos moviendo troncos de madera y piedras de las canteras. Estaban construyendo los cimientos de algún tipo de fuerte.

Esas piedras emanaban maldición, era como si la tierra misma se resistiera a ser moldeada para convertirse en su dominio. Entre los obreros, reconocí a mi nieto. Trabajaba balbuceando, como hipnotizado, erigiendo la fortaleza. Su mirada no se dirigía a ningún lado, pero su cuerpo se seguía moviendo. Mi bebé había renunciado a su humanidad.

Encima de una de las torres a medio construir, vi a una mujer de ojos color ámbar, acompañada por dos caballeros muy altos.

Se paró frente a todos los trabajadores y lanzó un grito en un idioma que no conocía. Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda y hui.

La noche comenzó a volverse más larga. Los que vivíamos en el pueblo abandonamos la zona cuando gritos y gemidos comenzaron a escucharse desde lo profundo del bosque.

Temíamos convertirnos también en esclavos de la oscuridad.

La boda

Memorias de Selena, consorte de Saturno

Mientras dormía, una de las novicias del castillo se acercó a mi dormitorio y me despertó. Esa noche de lluvia el Consejo de los Trece convocó una audiencia en la Casa de las Lágrimas. Debían elegir discípulas para el próximo festival. Me dijo que habría invitados muy especiales, por lo que, a diferencia de los rituales anteriores, basados en impulsos, este se había preparado con minuciosidad durante años.

No entendía por qué me habían elegido. ¿Podría ser porque era joven? ¿Porque comprendía bastante bien el Arte del Llanto? ¿O tal vez era un simple capricho divino? Lo cierto es que iba a ser una de las tres esposas.

Llegué a esta iglesia con mis padres. Huían de los templarios, quienes habían invadido nuestro viejo pueblo en el este, para perseguir a quienes no creían en la palabra de la Primera Orden.

No encontraron maldad en mi corazón, ni en el de mi madre, por lo que nos trajeron a esta casa. Mi padre, en cambio, fue llevado a otra torre del bastión, a la

Casa de la Sangre, y no volví a verlo. Lo único que me quedó de él fue un amuleto, hecho de cuero y mimbre, que me había regalado antes de desaparecer.

Las sacerdotisas nos llevaron a un pequeño cuarto para vestirnos de blanco. Se encargaron de maquillarnos delicadamente, de alisarnos el pelo con peines plateados, con la gentileza característica de las maestras de la tristeza.

Lloraron por nosotras, pues sabían que los ritos eran intensos, dolorosos, y que casi ningún participante salía de estos con vida.

Luego de la preparación nos juntamos con mis compañeras, Natalia y Julieta. Me miré en un espejo mientras caminaba por el pasillo que nos llevaba a la capilla donde se realizaría la ceremonia. Saltamos, reímos, pues nos sentíamos preciosas.

Llamó mi atención que, a diferencia de las veces que había observado este lugar a través del cerrojo de la puerta, la habitación estaba limpia. Ese lugar era conocido por su olor putrefacto y por la sangre que se escurría por el piso. Esta vez olía a jazmines y las baldosas reflejaban el brillo de las velas.

Nos sentamos, juntamos las manos para empezar a rezar a la luna. Un fanático totalmente cubierto por su túnica tocó el arpa. En las ceremonias anteriores la música consistía en golpes de tambores y gritos o gemidos de los fanáticos. Ahora, sin embargo, se escuchaban cuerdas, tocadas delicadamente.

La luz de la luna empezó a deslumbrarnos: las deidades estaban descendiendo a la abadía. Los genitales de Natalia empezaron a sangrar, y de esa sangre emergió la Gran Maestra, la diosa del morbo, quien nos saludó cortésmente antes de sacar una daga de entre sus deformes tentáculos y clavársela a sí misma en el vientre.

Dibujó una forma en el piso, parecida a un ojo, y la llamó la Runa del Augurio. Declaró que con esta nacería el primer Empíreo y el próximo Primordial.

Yo no entendía mucho, ya que solo había estudiado la magia del plenilunio, pero sabía que podría estar hablando de una profecía a la que solo tenían acceso los eruditos de la iglesia. Nos miró a las tres, pero fijó su mirada en mí.

Pronunció mi nombre, dijo que yo iba a ser la madre. Me desplomé por la sorpresa, ella me abrazó.

Su piel descompuesta y los fluidos que salían de ella no me daban asco, pude ignorarlos y me sentí reconfortada, como si estuviera bajo un encantamiento.

Entre truenos descendió el Gran Maestro. No le vi cara, tenía puesto un imponente yelmo de plata, y estaba totalmente cubierto por su armadura. Se acercó a mí, me quitó el collar del vestido, luego el resto de las prendas, se quitó su coraza y empezó a besarme el cuello. Mis piernas temblaron.

Los cuatro hicimos el amor bajo la luz de la luna. Sentí éxtasis. Nos besamos, nos sentimos, la música del arpa se hizo cada vez más intensa mientras nos unimos, pero su rostro permaneció oculto, eclipsado por la euforia que nublaba mi visión. Los dedos de un altísimo recorrían mi intimidad.

Y la Gran Maestra tomó la daga y la clavó en el pecho de Julieta, pero yo no sentí miedo. Estaba hipnotizada por el deseo. Luego hizo lo mismo con Natalia, pero ella tampoco gritó cuando la luz se extinguió de sus ojos.

Y continuamos, hasta que el espíritu maligno me empujó lentamente.

Luego la Gran Maestra me apuñaló en el corazón, pero no morí. Se hundió dentro de mí y se hizo parte de mi carne. La sangre de la runa se movió del piso y subió por mis piernas hasta también entrar en mí.

Cerré los ojos fuertemente intentando contener el dolor, y cuando los abrí todo había terminado. Los celestiales habían vuelto a la esfera nocturna y yo quedé sola, al lado de los cuerpos de quienes habían sido, durante tantos años, como mis hermanas.

¿Era esa la voluntad de la luna? Nos lamentamos por horas desconsoladamente hasta quedarnos secas y al borde del sueño. Cuando nos retiramos de la habitación seguían tocando el arpa, pero ahora sonaban solo dos notas. Y pude ver, en el altar, un anillo de plata, la misma plata que vestía el altísimo. Me lo puse en el dedo. Pude verlo todo. Un futuro corrupto, un futuro sin esperanza. Y sentí calma.

Volví a mi cuarto y pude conciliar el sueño. Al día siguiente todos me trataban con más respeto. Me servían, ya que sabían lo que había pasado, que ahora yo soy la consorte del juez del culto. Las malas lenguas decían que la iglesia iba a cambiar, que los eruditos habían tomado poder en la jerarquía del clero.

Pasaron los meses y luego de un embarazo estable, di a luz a un varón hermoso, de pelo marrón, quien fue llevado por hechiceros para ser educado en las artes oscuras.

Me hubiera gustado verte crecer, mi empíreo, pero sé que tu porvenir será brillante y tu espíritu incomparable. Serás el mago más sabio de todos, hijo de la desgracia.

El cielo se oscureció, como si un pintor hubiese manchado con rabia su lienzo...

La hora había llegado, podría describir ese momento de mil formas, viles y degeneradas...

Del vientre de la mala suerte nació un ser asqueroso, lleno de sangre y vísceras...

Y así la mujer de rojo, con la piel blanca y la cara tapada por un velo negro, caminó hacia los genitales de la desdicha, con una sonrisa en la cara...

Porque sabía que pronto llegaría el día de su matrimonio....

Mapa de las Tierras Oscuras

Capítulo II: La Academia

La contención

Memorias del Mago Empíreo I

La luna me miró con melancolía así que entré a mi cuarto y saqué una guitarra, para cantarle una serenata.

Puse mi cabeza en el cuerpo del instrumento, cerré los ojos y moví los dedos. Las notas sonaron como gotas de sereno cayendo sobre las hojas de un árbol. Le hice saber que mi corazón también estaba triste.

Me abrazó, la noche me envolvió. Sentí su calor en el pecho mientras mi canción reverberaba en el aire. Me cantó uniéndose a mi melodía, y compartimos presencias bajo las luces de la academia. Ahí nos curamos del dolor, aunque solo fuera por un momento.

C'gotah

Me susurró al oído en el idioma de la creación.

Nuestro deseo quedaba pospuesto para alguna de nuestras próximas vidas. Cerré los ojos, la abracé con fuerza y cuando los volví a abrir ya no estaba. Se había ido lejos, hacia los lugares más dulces de mi nostalgia. Volví corriendo a mis aposentos y con una pluma le escribí una carta de amor en papel:

Mi amada luna...

Y'yameg' gotha megepah geb pih'nglui ya fm'latghnaha...

Ya syha'h'bethk...

Y'yameg' gotah mgepah nenya c'egn' ah nahlllor...

Y'yameg' ah ri...egn'bethnkyth

¡Ojalá estuvieses acá! Ojalá nuestros corazones no estuviesen separados. Esa noche sentí la chispa primigenia otra vez en mi corazón y me mostró el camino en mi interior. Volví a sentir paz y amor, tierno, frágil.

¡Ojalá estuvieses acá! Para besar tus mejillas, para sentir tu cariño.

Siento como mi alma transmuta
cada vez que estoy en la
academia.

Sus paredes, sus libros.

Siento y lloro, pues mi alma
sana cuando recorro esos pasillos
llenos de memorias

y siento sus baldosas bajo mis
pies.

Desearía vivir por siempre
dentro de su romántica
melancolía.

La crueldad

Memorias del Mago Empíreo II

La luna me volvió a mirar, pero esta vez pude ver la decepción reflejada en sus ojos. Me escondí de ella, y escuché a los demonios cantar y golpear sus tambores frenéticamente llamándome.

Algo comenzó a arder en mi tórax, quemando mis pulmones. Agarré mi espada y salí hacia el bosque para luchar contra los melenudos y salvajes hombres bestia, quienes se reunían ahí cada noche. Los encontré frente a una hoguera, hablando en el lenguaje primordial, gruñendo entre sí.

Cuando me acerqué, todos bajaron la cabeza. Les pregunté si podía unirme y se arrodillaron ante mí. Reunimos hierbas, las fumamos en pipas hechas con huesos y peleamos hasta el amanecer.

Mi espada cortó sus carnes, sus garras se clavaron en mis costillas, y sangramos y gritamos como animales.

Nos adentramos en el bosque y cazamos criaturas horribles perdidas en la noche oscura, inaugurando

una nueva fiesta dedicada al sudor, donde el amor estaba prohibido y solo se permitía la fuerza bruta.

Al final todos caímos, presos del cansancio y extasiados por la batalla.

Las *abominaciones* me obsequiaron un mazo imbuido con la runa de la putrefacción, en la mansión de la Reina Araña, al cual llamamos *Mgehye*, que en el idioma de la creación significa destrucción.

Algún día esta arma será entregada al legado de la legión del infierno para que dirija a los hijos de El Depravado en la noche de la devastación, junto a la cuchilla ígnea, la hermana mayor de todos estos.

Cuando El Depravado despierte, el Mgehye acarreará sus hordas de malvados hasta el final, hacia el triunfo de las abominaciones que habitan la esfera nocturna; junto a los demonios que habitan el hades.

¡Dominio! ¡Dominio! Nuestros gritos de guerra serán escuchados en todos los continentes y por todos sus habitantes.

¡Angela Nog Myogor Hup Yoyagi, Engl'ah' Gotha Megah Mgehye'lloid, Heng Ya Nwnlui Emgr'luh Uahoth Fem'latgn Gen'hinkor!

Sus corazones hierven al contemplar la victoria sobre aquel que abandonó a nuestros antiguos maestros, una victoria llena de desdicha. Una victoria escrita en sangre.

La luna me volvió a mirar, preocupada.Yo le pedí perdón y me regaló un pedazo de su cuerpo, dando así vida al secreto de la ternura, el cual enterré al pie de una planta de jazmín en el jardín del castillo.

El llamado

Memorias del Mago Empíreo III

Las bibliotecarias me regalaron un libro negro muy pesado. Este era un testamento, que dijeron fue dejado para mí. Me preparé un café negro y decidí darle una hojeada. Para mi sorpresa estaba escrito en el idioma primordial, lo cual me entusiasmó. Leí ese antiguo grimorio y sentí un escalofrío subir desde mi pecho hasta mi cabeza.

Él siempre está en el fondo de mi mente mirándome fijamente, aunque yo no lo haga. Me juzga y espera pacientemente a que le permita entrar otra vez.

Afuera hay una tormenta y lo único que pasa por mi cabeza es que este es el camino correcto, que la lluvia es una señal. El humo de mi pipa me lleva a un estado de conciencia alterada y me conecto con mi alter ego, con "ello", con el vil que se oculta, el dragón que duerme en el centro de la tierra. Siempre me dice las mismas palabras, el principio de su existencia y la mía.

Me cuenta leyendas de mentiras y corrupción, siembra la semilla de la discordia en mi corazón.

Una criatura se acerca, sudorosa, en busca de conflicto, y yo necesito recibirla. Las nubes de pestilencia se precipitan hacia mi casa. Después de tantos años, es mi momento secreto, mi audiencia con el comediante.

Morbosos son los seguidores de la hidra de tres cabezas porque en sus regazos reposa una verdad complicada y tortuosa sobre nuestra realidad corrupta.

Benditos son los carentes de amor que alimentan con sus entrañas al mal. En sus vientres se retorcerá, desacomodando órganos y desgarrando tejidos, como la larva de una mosca en las heridas de un cachorro. Malditos son los que buscan el amor fuera de la carne, porque en ella está el verdadero querer.

Una vez consumida, la noche proporcionará el amor de una madre a los devotos del abogado de la oscuridad.

¡Ante mis ojos son reveladas las formas más arcanas de los arcontes, ángeles y demonios! Con sus imponentes y monumentales estructuras se alzan ante mí y me piden que las inmortalice.

Benditos son aquellos que imaginen sus colosales panteones, porque ahí se esconden las últimas revelaciones.

Yo auspiciaré las Fuerzas del Mal en mi casa y en las casas de mis seguidores. Enseñaré a los estudiantes todas tus caras y visiones, para que ellos lleven tu idea a sus tierras al volver a sus hogares.

Gran y vil bufón, tu gran complot se extiende lejos. Tu chiste resuena a través de generaciones.

Luché con todas mis fuerzas, no quería dejarlo entrar a mi corazón.

Mi pulso se aceleró como el de los amantes cuando se reencuentran y sentí mis latidos retumbar en mi cabeza.

Luché, pero finalmente pudo entrar...

El mal.

Y se sintió tan penoso, sentí la vergüenza y a la vez un gusto culposo por ver un alma sufrir.

Y la gran broma hizo a los arcontes reír.

Las VI pesadillas de Babalón

Memorias del Mago Empíreo IV

Me vi en un sueño, sacando la Excalibur de la piedra y blandiéndola hacia el cielo. Al alzar la espada, mi cara se transformó en la de un reptil, y caminé hacia el bosque, entre la niebla. Estaba confundido. Cuando miré a mi alrededor, ya no había árboles, vagaba por rezumantes calabozos, donde el eco de mis pasos se mezclaba con el silencio.

Entre paredes llenas de moho, sentí los ojos de una diosa, omnipresente, observando con desdén. Desde una colina vi el horizonte, y a lo lejos las siluetas de murallas muy altas se alzaron sobre una montaña, como un faro de victoria en la vastedad del cielo. Ese fue el tercer y último sueño.

A la madrugada siguiente tuve la primera pesadilla. Apareció vestida de sangre fresca. Su cuerpo era una amalgama de músculos mutilados. Una doncella de carne, cuya forma se contorsionaba con perversidad. Me habló en varios lenguajes incomprensibles, pero en sus susurros pude percibir libido.

Sus palabras comenzaron a volverse más claras, hasta que las pude descifrar:

— Mi amor, te voy a buscar hasta el final, te lo juro, te lo prometo, yo soy tu pretendiente, Babalón. Si me entregas tu alma yo dejo que duermas entre mis pechos.

Acepté, jadeando, y fue entonces cuando su cuerpo se deformó más.

Volví a perderla en la penumbra, corrí y escuché tierra bajo mis zapatos. Estaba en un cementerio.

A los pies de una tumba encontré un libro hecho de piel marrón, seca, posiblemente descompuesta. En él estaba escrito un poema llamado *La Gran Serpiente*, una declaración de amor adornada con imágenes de hadas oscuras y sigilos.

Todo a mi alrededor se desintegró. Poco a poco algo parecido a una pintura de óleo se dibujó ante mí. ¿Era ella? Antes de terminar esa pregunta me rodearon los sonidos de los grillos y la lluvia. Otra vez estaba en la intemperie.

Me faltaba el aire, agobiado por una siniestra aflicción, como los pueblerinos cuando intentan adentrarse en los bosques encantados.

Pronto me encontré con una casa abandonada. El interior no estaba tan mal, pensé que olería a humedad, pero el hogar parecía haber sido deshabitado como máximo dos semanas antes de mi llegada, de hecho, las luces de algunas linternas seguían encendidas.

La escalera estaba rota y frente a mí, una puerta que probablemente llevaba a una sala, permanecía abierta. No quise ir por ahí, algo en mi estómago se retorcía al mirarla, así que, con esfuerzo, subí por el costado de las escaleras. Arriba solo había una puerta amarilla. La abrí y pasé al cuarto de adentro. Parecía ser la pieza de una anciana con una cama, un escritorio con un librero al lado, varias sillas, y una bufanda tejida a mano sobre una de ellas.

Varios papeles estaban desparramados en el cajón del escritorio, y entre ellos rescaté el borroso retrato de una mujer de pelo oscuro. Una fuerte luz roja entró por las ventanas, y cuando se apagó, el súcubo volvió.

Su cabello parecía estar pegajoso y tenía dos grandes alas de murciélago en su espalda, sus facciones ya no eran tan grotescas, pero su cuello tenía enormes protuberancias.

— Huésped maldito, que habitas en carne de hombre, este es nuestro reencuentro, nuestro amor va a ser eterno. Ahora.

Su piel se dilató, tanto que parecía que se iba a romper, y dos enormes cuernos salieron de su cabeza.

Me mostró visiones de ella en otra vida, eones antes de esta, cuando era una prostituta, que fue golpeada, dada por muerta en un callejón, y cómo de su abuso nació la bruja de podredumbre. Me mostró visiones de seres con ojos parecidos a ascuas. Puso sus manos en mi cabeza, rozó mis labios lentamente y cerré los ojos. Cuando los abrí estaba en otro lugar.

El piso era plano y parecía estar hecho de una roca lisa, una que nunca había visto. Luego de minutos subiendo escaleras encontré una capilla, totalmente diferente a las de la academia, mucho más sencilla, sin velas, con paredes grises.

En un altar polvoriento noté un vial de sangre. No dudé en tomar de él. Un obsceno impulso.

Mientras el líquido pasaba por mi garganta un grito estridente vino del altar, este se hizo más y más fuerte hasta que desde debajo de la mesa se levantó una mujer o, mejor dicho, el cadáver de una, con encías negras sosteniendo una enorme sonrisa.

Me agarró de la cara y regurgitó en mi boca una sustancia espesa, parecida al vómito. Esto me sumió en un trance. A partir de ese momento todo se volvió muchísimo más confuso.

Estaba en un lugar parecido a un calabozo, pero con muebles repulsivos esparcidos, todo lucía hecho de órganos. Afuera enormes estructuras cubiertas de tejidos se elevaban, raspando un firmamento borrascoso. Tenía que explorar para entender en dónde estaba y cómo podría salir de ahí.

Era muy difícil caminar por la fuerza de la lluvia. Vagué entre estos obeliscos hasta encontrar una puerta en uno de ellos, la abrí y se sintió como tocar las entrañas de un animal muerto. Dentro había un pasillo largo, con luces rectangulares en el techo que iluminaban mi camino. Los truenos sonaban distantes en ese refugio estomacal. Al final de este encontré un hoyo. En él pude ver dos ojos rojos: era mi adoración.

Me llamó y apenas la entendí. Su voz era casi hermética, como cuando la vi por primera vez.

— Estoy llegando a mi última forma, amor mío. Todo esto va a ser nuestro.

Y observé. El inmundo planeta de gore.

Estalló un ruido violento, como si estuvieran martillando clavos en mis oídos. Miré por todos lados, aturdido, con las manos en la cabeza. Vi una cama llena de sangre, gateé hacia ella con dificultad y caí al borde. Del charco rojo oscuro en las sábanas salió una figura desnuda, con la piel del mismo color y cinco cuernos en la frente. Era Babalón, pero había transmutado.

Y'Ah R'luhor

Me dijo con una voz clara, en el idioma original. Acercó su mano a mí, me tocó y desperté en mi cama entre espasmos y sábanas mojadas.

Ella se había estado alimentando de mi miedo. Me hizo sentir el espanto de estar frente a su poder, bebió de mi frío sudor. Me hechizó y se fue, llevándose mi corazón, saciada de lo que había venido a buscar, con la suficiente fuerza como para trascender.

Ya Syha'yk...

En las tierras sagradas el dios
de los hombres ya no está
presente.
La sangre baja por los poros del
piso hacia el centro de la tierra y
alimenta al dragón que duerme
ahí.
En estas oscuras horas,
Yo te espero,
Yo te extraño,
Yo te amo.

Manía nocturna

Diario de Morga, la bruja de invierno I

Ya no duermo bien. Mi trabajo se volvió más pesado desde hace unas semanas. Ni cursar todas las materias de la academia, ni salir mejor egresada, no hay peor mierda que trabajar para Las Fuerzas del Mal.

Desde pequeña, me inculcaron el hábito de estudiar. Me enseñaron que la ignorancia tiene consecuencias brutales en este mundo. Cuando mi madre murió durante el parto, me adoptaron las bibliotecarias más fundamentalistas y viejas de la academia quienes, junto a las nodrizas de la Casa de las Lágrimas, me criaron.

Desde el Arte de la Mentira hasta el Arte de la Muerte. Desde engañar hasta asesinar templarios. Lo aprendí todo. Me destaqué tanto en esto último que, al terminar los cursos, con veintitrés años, me ofrecieron trabajo como tutora, luego como profesora, y luego como consejera.

Los hechizos de los eruditos eran invisibles antes de que yo les enseñara a evocarlos con formas y colores, como lo hacen los seres sobrenaturales.

También creé a los Noctámbulos, espectros que, mediante las vibraciones generadas por las canciones de los ángeles caídos, la fuente de la magia oscura, logran transportar la mente o la materia de un punto a otro. A los que pueden ver, como yo, las respuestas en la noche, los recluté y juntos formamos la organización de los *Noctómanos*. Mi fama corrió rápido.

En mis sueños, esperpentos con dedos puntiagudos, ridículos sátiros infernales, intentaron jugar con mi mente. Morí mil veces en las pesadillas de los demonios. En torturas, quemada viva, de todas las formas posibles. Me invitaron a participar en sus mugrientos festivales, pero siempre me negué. No me siento atraída por fantasías oscuras o degeneraciones, al contrario, no entiendo la perversa fijación que tienen las divinidades con el morbo.

Esto tentó a los altos mandos del infierno y los hizo subir la apuesta. El humor del tribunal de ultratumba es ácido. Me obligaron a cuidar una de las reliquias más importantes de las tierras oscuras: el *Libro de la Insoportable Oscuridad*, un códice que contiene los secretos del pleroma en el que existimos.

Los ángeles y arcángeles olieron la corrupción en sus páginas. Se presentaron ante mí en mis labores, alertando sobre la Gran Conspiración. Me dijeron, entre gritos desesperados, que estaba jugando con fuerzas que no me correspondían. Ejecuté a todos con mi varita y mi guadaña.

Ya no estoy en las aulas impartiendo lecciones como los otros profesores; casi no me ven por los pasillos, pero en ellos escucho murmullos, una reverencia oculta que me sigue a donde vaya. Los alumnos y profesores alzan la mirada cada vez que me ven pasar. Y la verdad es que yo no soy el tipo de persona que disfrute de la atención, pero sé que es la consecuencia de mi posición.

Cuando no puedo dormir me tomo un té de Rosa de Sharón, como lo hacían mis madres adoptivas. Suelo soñar con un enorme castillo de cristal que flota en medio de las estrellas, con paredes de oro y diamantes rosados decorando sus enormes pilares. Dentro de este se encuentra una mujer llorando, triste.

¿Qué es lo que se esconde detrás de los engaños del mal? Busco una respuesta en el plenilunio, mientras me preparo para el desfile de las serpientes.

Pasión y vesanía

Memorias del consorte de Belcebú, la reina araña

Cuando la vi no pude moverme. Entre espadas y putrefacción, descendía las escaleras de su posada esmeralda como un fantasma. El mármol de las paredes reflejaba su silueta desnuda y perfecta. Sus cabellos caían sobre sus pálidos hombros y mis ojos fueron secuestrados, al igual que mi voluntad.

¿Era esto lo que habíamos venido a buscar? ¿No se suponía que debíamos ejecutar a un demonio? Juro que mis soldados estaban más confundidos que yo. Uno a uno cayeron en la locura, sus cuerpos se retorcieron y vomitaron sus propias entrañas. Pero yo seguía ahí, intacto.

¿Podría ser yo un buen partido? Yo, que fui enviado a destruirla en su propio hogar. Me incliné ante ella y me miró, entre todo ese caos, y se acercó a mí para preguntarme quién era. Mis latidos pararon.

Por un momento, el mundo se desvaneció en una neblina oscura y solo su voz me mantenía conectado a la realidad.

Sentía que mis rodillas se hundían en el suelo, pero no podía apartar la mirada de sus ojos. ¿Qué debía responder?

— Soy Alejandro IV, Hijo del Sol, caballero de la Primera Orden —dije fuerte y claro, asustado por lo que podría ser esta mujer, pero firme en mi posición.

Ella sonrió y con la forma de sus labios destruyó todo lo que la iglesia me había enseñado del bien y el mal. Me ofreció su mano, una mano tierna y caliente. Al tomarla, sentí que algo en mí se quebró. Sentí como si algo me hubiese arrancado de la misión que me habían encomendado.

— Tu deber ha terminado, caballero —dijo en un murmullo que resonó hasta el rincón más profundo de mi mente—. Ahora, acompáñame, quisiera mostrarte mis aposentos.

Mis compañeros que yacían muertos en la mansión eran insignificantes en comparación con el fuerte deseo que latía en mi pecho. Pasaron semanas, seguramente años, y empecé a sentir como la podredumbre calaba en mi cráneo hasta mi mente

para consumirla. Fue así que, cuando me vio en mi fragilidad, ella me ayudó:

— Aunque vos sos fuerte, entre estas paredes desfila el delirio, y yo te amo, por esto quisiera que seas mi consorte, gran caballero.

Me sorprendí y acepté. Me ofreció una espada, un casco y una armadura, todos estos decorados con joyas de color verde. Además, mencionó que podría comer todo lo que quisiera, cada uno de los platos que alguna vez soñé con probar.

— Con estos regalos, serás mi protector. No temas más a la demencia, pues te protegeré. Solo tenés que quedarte… conmigo.

Acepté sus dones sin pensar más y decidí depositar mi propósito de existir en ella. Sabía que mi anterior vida ya no importaba. Desde ese momento, fui más que un simple soldado… Fui suyo. Ahora defiendo sus aposentos, mientras ella tararea su pútrida canción.

Espíritu incendiario

Diario de Rodrigo, el triste

Es imposible acercarse a ella. Por su sangre corre el fuego de los soldados que habitan en el pandemonio, y aunque su belleza quema mis retinas, sé que ella no es humana. Enseña el Arte de Manipular, una de las materias más difíciles de la academia, y se dice que fue una de sus fundadoras, incluso que fue ella quien construyó este castillo, aunque eso no es más que un rumor.

En clase, su palabra es como un decreto inquebrantable. No necesita gritar para que todos nos pongamos de pie para saludarla al inicio de cada clase, ni para que callemos los barullos.

Por lo que había visto en los recesos, todos los profesores le tienen un enorme respeto y la única persona a la que trata como una igual es a Morgana, la maestra líder de los Noctómanos, demostrando más cercanía, casi cariño.

A veces me preguntaba qué pensamientos podrían pasar detrás de esa mirada, que separaba su sangre draconiana de su sangre humana.

Y así, en una de esas ocasiones en que nos retirábamos del aula, nuestros ojos se encontraron por un breve instante. Fue como si el mundo se hubiera detenido; sentí un escalofrío recorrer mi espalda, pero no era miedo, había algo más, como si se tratase de un maleficio, uno de sumisión.

Supongo que esa era la magia de los soldados de ultratumba, la de la dominación y la conquista.

— ¿Pasa algo? —me dijo Samara, con una voz delicada.

Me di cuenta del trance en el que me encontraba y respetuosamente desvié la mirada mientras me retiraba en silencio.

Desde esa noche, hago lo posible por mantenerme al límite, mirando al suelo cada vez que se me cruza en los pasillos o en seminarios, evitándola, aunque soy consciente, desde aquel encuentro con su llama, de que quizá la barrera que me separa de ella es un límite impuesto por su propia naturaleza.

No quisiera ser víctima de su impaciencia, ya que según cuentan los libros, los draconianos son los seres más violentos de las tierras oscuras.

Sin embargo, una parte de mí sigue con la incertidumbre: ¿qué habrá tras esa mirada ígnea?

La curiosidad me devora por dentro, pero sé que es mejor callar, no tengo el valor que se necesita para entablar una conversación con ella.

Mil noches estuve perdido pensando en esos ojos de fuego ¿Cuánto te habré buscado en mis recuerdos?

El pueblo pesquero

Reporte de Samara, la espada ámbar, para la A.A.O I

Tenían la piel translúcida y sus ojos eran negros, como piedras en la playa. A pesar de su apariencia extraña, siempre que nos acercábamos a sus casas nos saludaban con mucha calidez. Aparecieron una noche, salieron del mar caminando, y comenzaron a construir su pueblo sin molestar a nadie.

Aunque al principio no entendíamos su idioma, descubrimos que también hablaban el lenguaje primordial, el de los ángeles, los arcontes y los demonios, aunque con un acento más tosco, sus gargantas hacían sonidos ásperos cuando lo hacían.

Fue así como, usando esta lengua como puente, les enseñamos el español.

Mientras estudiaban, nos dimos cuenta de que había una palabra que les molestaba muchísimo, al punto de que escucharla significaba atravesar una situación dramática:

Lw'nafh'nah

Esto se traducía como algo parecido a *Dama Gris.*

Respetábamos esto, pues el pueblo costero nos ofrecía una gran variedad de comidas y medicinas, resultado de la cría de unos extraños peces que trajeron en su viaje.

Gracias a ellos, nuestros estudiantes se volvieron más fuertes, capaces de estudiar durante más horas, por lo que enviamos soldados abominables con la misión de custodiar las inmediaciones del pueblo. A cambio, ellos compartieron con nosotros los secretos de su cultura. Nos explicaron que venían de un lugar azotado por una enfermedad que fue imposible de contener.

Hablaban de su tierra natal con respeto, como si sus almas aún pertenecieran a aquel lejano lugar. La llamaban *Throdok'th,* un reino bajo mares oscuros. No compartieron muchos detalles, más allá de descripciones de monolitos de piedra y poderosa magia que no trajeron hasta aquí.

Sin embargo, lo que sí nos dejaron entrever, con ese acento extranjero, fue que su llegada a este mundo no había sido por deseo, sino por necesidad, como si el recuerdo de su hogar trajera consigo una niebla

húmeda, espesa, cargada de depresión. ¡Puaj! Aun así, su presencia en nuestras costas trajo prosperidad.

Aquel extraño pez, el pilar de su comercio, era más que una simple criatura marina. Sus escamas resplandecían con una luz opaca y, aunque su carne no tenía gran sabor, las medicinas que producían con ella parecían casi milagrosas.

Al principio desconfiamos, pero los resultados hablaban por sí solos. Solo que había algo en ellos, una inquietante calma, una falta de expresión, como si una profunda tristeza los persiguiera. Semanas antes de la tribulación, sus acentos se volvieron más agresivos, sus dientes se mostraban más al hablar y sus ojos adquirieron un tinte morado.

Dejaron de servirnos en la bodega con la misma educación de antes; de hecho, prohibieron la entrada a las abominaciones y poco después cerraron el lugar por completo. La tormenta había llegado a la villa.

Una noche de lluvia intensa, un alumno de la Casa de las Lágrimas irrumpió corriendo en el salón principal de la academia. Su rostro estaba pálido del susto y respiraba con dificultad. Tardó horas en recuperar el

habla, así que fui personalmente a observar e intentar sacarle información.

Según entendí, había sido atacado por los humanoides del mar. Lo cuestioné, pues, como mencioné antes, ellos eran serenos, pero supuse que se trataba de algún malentendido o escándalo sin importancia. Decidí visitar la costa para comprobarlo por mí misma.

Lo que encontré, sin embargo, fue lo opuesto. Nunca entendí qué fue lo que los llevó a derramar su sangre pálida, pero la niebla tardó meses en desaparecer de las costas.

Escuadrón de asalto - Fuego

Reporte de Samara, la espada ámbar, para la A.A.O II

De noche salimos a cazar, bajo la luz de la luna creciente. Éramos diez en total: la Bruja de Invierno, cuatro de sus mejores alumnos, dos abominaciones de peso pesado, dos abominaciones más delgadas y yo. Nuestra misión era simple, encomendada por la mujerzuela de mi padre: aniquilar a las familias de los caballeros de la Primera Orden.

Podía oler el miedo en los Noctómanos. Uno se hizo el dormido, otros tardaron más en prepararse antes de agruparse.

Supongo que era algo normal en la naturaleza de los humanos, sobre todo porque esta vez no se trataba de militares, sino de mujeres y niños inocentes.

La única en unirse a mi éxtasis fue una estudiante de la Casa de la Sangre, de cabello negro y ojos rojos. Nos guió por los bosques, que alguna vez fueron desiertos, durante varios días hasta llegar a las tierras del este.

Ahí existían asentamientos que servían de hogar para las familias, algunas bastardas, otras legítimas, de los Hijos del Sol.

Llegamos al atardecer, por lo que tuvimos que esperar a que la oscuridad fuera total para empezar a matar.

Nos dividimos en dos grupos: uno de acecho, conformado por los Noctómanos, quienes esperarían en las sombras aledañas a los campamentos para asesinar silenciosamente a los incautos, y acabar con aquellos que intentaran escapar del asalto frontal.

Otro de asalto, dirigido por mí, acompañada por las abominaciones. Nosotros iríamos directamente al grano: masacraríamos a todos los presentes antes del amanecer, y dejaríamos escapar a un par de adultos ilesos para que contaran todo lo que vieron a la Primera Orden.

Dos magos oscuros usaron a sus servidores para vigilar a los pueblerinos, y entre conversaciones escucharon que, para nuestra suerte, los caballeros habían partido al norte, dejando a los habitantes indefensos.

No eran más de cien personas, así que el trabajo sería fácil.

Casi a medianoche nos separamos. Le pedí a Morgana un reporte, y le ordené que me lo entregara al final de su misión.

Antes de atacar, comimos cerca de siete kilos de carne de vaca cruda junto a los hombres bestia. Quemamos las sobras a pocos kilómetros del punto de interés. El humo alertó a los pobladores. Esto hizo el trabajo más fácil, ya que algunos intentaron escapar.

¡Puaj! ¡Qué ridículos! Los que lo hicieron fueron interceptados por los nigromantes en el bosque, para luego ser devorados por la loca de la Casa de la Sangre.

Faltando minutos para las tres, empezamos la invasión. Dos abominaciones se adelantaron, prendiendo fuego a varias chozas, encargándose de que nadie pudiera salir, y calcinando a madres junto a sus hijos. Entre las cenizas el pánico se hizo incontrolable.

Nos unimos los demás. Las abominaciones más ligeras eliminaron al menos a treinta o cuarenta humanos de manera limpia, decapitándolos. Aunque me hubiese gustado repartir mejor el dolor, había que ser prácticos.

Igualmente yo, ¡Blegh!, me di el gusto de tomarme un poco más de tiempo. Quería agasajarme en mi dulce fiesta de vehemencia.

En la primera casa que visité vivía una pareja de ancianos. Ambos estaban rezando cuando pateé la puerta. Agarré de la camisa al hombre, quien yacía postrado en una silla de madera. Lo solté, coloqué mis dedos alrededor de su cabeza y lo decapité con la fuerza de mis brazos. Su esposa abrazó el cadáver de su amado. Aproveché para empalarlos a ambos con mi espada flamígera.

Miré los cuerpos por un momento, esos desgraciados sacos de porquería, y salí por la ventana. Entré a la casa de al lado.

No había nadie, así que golpeé el piso varias veces con fuerza, y me percaté de que era hueco. Había un sótano debajo de mis pies.

Ahí se escondía una familia de cuatro personas, y también les corté los cuellos a todos, menos al hijo menor. Pisé cada uno de sus cráneos hasta que se convirtieron en una sabrosa mezcla de pelos, cerebro y pedazos de hueso.

Al chico le cercené las manos y, aun así, desangrándose, intentó cargar a su madre, ignorando que ya estaba muerta.

Llegó un poco lejos, a metros de la entrada del bosque, pero supongo que fue reducido por uno de los magos, y espero que haya sido por la enferma niña buitre.

Afuera, varios niños pequeños buscaban refugio, eran conocidos del mutilado que escapó. Fingí una voz gentil, para poder comérmelos, pero ellos corrieron llorando. Con la señal de mi espada los monstruos los aplastaron.

Silbé fuerte, dando una señal a las abominaciones más grandes, y estas rescataron a dos hombres jóvenes fuera del caos. Las otras dos bestias peinaron el área hasta eliminar a todos, sin dejar sobrevivientes.

Nos reunimos en el bosque y Morgana me confirmó que el trabajo estaba terminado, informándome que no había encontrado a nadie vivo, fuera de los rehenes. Usando mi legado de sangre les ordené caminar al norte, hacia los templos del Sol.

Partimos hacia el sur otra vez, yo me sentí rejuvenecida, enfocada, no podía dejar de reír. Estoy ansiosa por encontrarme con mi padre.

Escuadrón de asalto - Hielo

Reporte de Morgana, la bruja de invierno, para la A.A.O I

Estábamos a dos minutos de medianoche, a medio kilómetro del pueblo donde se encuentran las semillas de la Primera Orden. Samara estaba entusiasmada y, aunque no entiendo la constante fascinación por derramar sangre que tiene la hija del dragón, aquello resultó bastante útil para la eficacia y rapidez de la misión.

Dos de los Noctómanos estaban muy nerviosos, y es que es más fácil matar a templarios, con las caras cubiertas y recitando insoportables oraciones, que a familias inocentes que no tienen idea de cómo ni por qué están siendo atacadas.

A mí, en lo personal, no me importó demasiado; solo quería mi paga. Desde que empecé a tener esos extraños sueños con el castillo de cristal, mi corazón se ablandó, pero, al final, siempre me enfoco en terminar el trabajo para volver a la academia y continuar estudiando. Era una tarea menor, apenas un eslabón dentro de un plan mayor.

Tomé posición en el árbol más alto para vigilar a mis alumnos, y les encargué eliminar a aquellos pueblerinos que intentaran escapar. La Noctómana más nueva, una extraña niña de cabello oscuro de la Casa de la Sangre, corrió a gran velocidad por todas las salidas de la villa. No fue hasta que Samara y sus súbditos, los peludos y desaliñados hombres bestia, dejaron de cenar, que la joven sanguinaria pudo empezar a trabajar, y al parecer con mucho gusto.

Eliminó a diez: a una familia de cuatro y a seis hombres. Con los hombres no hizo mucho; los asesinó con una daga oxidada que posiblemente había robado de la academia. Con las familias fue diferente: las torturó y se dio un morboso festín, devorando sus cuerpos lastimados. Un espectáculo digno de una adoradora de Babalón.

Otros diez aldeanos fueron aniquilados con precisión por los demás estudiantes, quienes vencieron sus miedos. Sus manos dejaron de temblar, sus rostros se pusieron firmes y se concentraron en trabajar, tal como les enseñé. Los gritos comenzaron antes de lo esperado, mezclándose con el humo que salía de las casas, y pronto se volvieron espeluznantes.

La escena era desagradable, aunque no tanto como el olor a carne quemada o, peor aún, la imagen de aquellos que, todavía humeantes, intentaban llegar al bosque.

Una vez más, la hechicera de cabello oscuro se estremeció y, sin vergüenza, se retiró a un rincón del bosque para masturbarse. La dejé, al menos por un momento, hasta que le ordené que mantuviera la compostura.

Estuvimos mucho tiempo sin actividad, y lo usé para repasar nuestro objetivo. Por el ruido que venía del pueblo, supe que todo estaba yendo de acuerdo al plan. No fue hasta después de tres horas que vimos una silueta acercarse con pasos débiles, quizás pensando que podríamos ofrecerle algún tipo de ayuda. Era un joven que cargaba un cadáver decapitado, con el rostro pálido y desangrándose por lo que parecían ser sus muñecas.

Una expresión de alivio se dibujó en su rostro al vernos, pero se desvaneció justo antes de caer desplomado al suelo. Tenía aproximadamente dieciséis años.

Tuve que contener a la enferma caníbal. Le pregunté su nombre, me dijo que se llamaba Nyla. Le prometí que, si se concentraba en su trabajo, me encargaría de que le dieran el cuarto de tortura como habitación al volver al castillo. Aceptó sin dudar.

Los demás Noctómanos eliminaron a unos pocos hombres más, y el barullo cesó. Unos largos minutos después, nos volvimos a encontrar con Samara. Era imposible hablar con ella; estaba en trance, empapada en sangre desde el cabello hasta las botas, y su aliento era nauseabundo. Con su marcado acento draconiano, que rara vez deja entrever, me ordenó que evocara Noctámbulos para asegurarme de que no quedaran sobrevivientes.

Para mi poca sorpresa, no los había. La misión había terminado.

A pesar del éxito, el ambiente en nuestro grupo era tenso. Los Noctómanos estaban agotados, no solo física sino también mentalmente. Algunos aún miraban sus manos ensangrentadas como si no las reconocieran. La niña de la Casa de la Sangre, en cambio, estaba más animada que antes, bailando en su lugar, ondeando su túnica, como si la experiencia la hubiera fortalecido en lugar de quebrarla.

Tomé nota mental de observarla más de cerca, ya que su comportamiento era preocupante.

Nos reagrupamos y emprendimos el regreso. Nadie hablaba. Solo Samara parecía completamente satisfecha, caminando con una ligereza perturbadora, como si la matanza hubiera sido un simple juego para ella.

Me ordenó que me reuniera con ella en un claro cercano antes del amanecer. Aunque no comprendí la razón de la solicitud, obedecí. La encontré sentada sobre un tronco caído, limpiando la sangre seca de su rostro con la manga de su capa.

Su expresión era ilegible, pero su respiración estaba acompasada.

Por un instante, el silencio pesó entre nosotras. Luego, sin mirarme, mencionó que el tiempo de la academia, tal como la conocemos, está llegando a su fin. Habló de la inminente llegada de su progenitor y de los cambios que aquello traería.

Asentí, sin atreverme a cuestionar lo que eso significaba. Tomamos nuestras cosas y emprendimos nuestro viaje hacia el sur nuevamente.

Mientras nos alejábamos, me quedé pensando. La operación había sido un éxito, sí, pero algo en todo esto me dejó un mal sabor de boca.

Tal vez fue la forma en que algunos de mis alumnos vacilaron antes de matar, o quizás fue el rastro de destrucción gratuita que Samara dejó a su paso, como si no le bastara con cumplir la misión, como si necesitara convertirla en un espectáculo de crueldad.

No importa. Lo que cuenta es que el trabajo está hecho. Continuaré con mis estudios. No tengo tiempo para sentimentalismos ni juicios morales.

Apoteosis

Memorias finales de Mago Empíreo

En unas semanas habré de partir. Mi cuerpo apenas se sostiene, pero logré construir los cimientos de un futuro donde solo existirá la descendencia de mi linaje original. Resistí más de lo que imaginaba; mi vida se extendió más allá de lo que cualquier otro humano podría soñar. Vi cómo la iglesia pasó de ser un refugio para los marginados de guerra a convertirse en una prodigiosa escuela de hechicería, un hogar para jóvenes y adultos.

Viví como un rey, alimentado por las nodrizas más hermosas del castillo, rodeado de los libros más valiosos del continente. Aprendí cuanto pude para que el siguiente recipiente cumpliera su propósito como máquina de guerra.

Esta será la única y última vez, en todas mis vidas, que sentiré algo cercano al goce. Ahora, después de saborear el pánico en las visiones del Bufón, sé que, en mi próxima vida, la paranoia se apoderará de mi temple.

Mi pequeña hermana, también hija del planeta anillado, bisnieta del plenilunio, quizás nunca llegue a comprender por qué la chispa en su corazón brilla con tanta fuerza, ni que su ascendencia es la de un juez. Su verso en la canción del cielo será el oscuro de todos.

En cuanto a la Hija del Dragón, desearía que su destino no fuera el mismo que el de su padre, mi antiguo espíritu, porque, de ser así, su final sería tan trágico como el mío. Según los reportes y los métodos que en ellos se describen, el parentesco es innegable. Lo único que la separa es el cuerpo de mujer que tomó para cumplir su misión, y espero que el corazón medio humano que late en su pecho la salve de la ambición desmedida.

Ahora que debo despedirme, la melancolía me obnubila al recordar que hace muchos años la luna dejó de mirarme. Sin embargo, su recuerdo permanece en mí. Aquella contención que me brindó en mi juventud ya se deshizo.

Desearía haberla conocido en mi primera vida, en aquellos tiempos legendarios, en las tierras bañadas en oro, donde podríamos haber sido felices.

En mis últimos sueños vi un ciervo blanco, con un cuerno en la frente, pisoteando lagartijas. A su paso, dejaba un rastro de sangre azul mientras entonaba una melodía similar a la que una vez le canté a mi amada. Esto hizo que la duda volviera a arraigarse en mi corazón, quedando como herencia para mi reencarnación: desdicha y decepción.

La noche en la que me vaya será trágica. El caos se desatará cuando el hombre común reclame lo que no le corresponde.

Una silueta malformada y curiosa vendrá desde lo prohibido, como promesa de la gran desolación que se cierne sobre estas tierras, y esperará a su amante entre sus huevos, dentro de su capilla de heces y gritos. No hay nada que pueda salvarnos. Estamos comprometidos con la condena.

Solsticio de verano

Diario de Morgana, la bruja de invierno II

Detesto los eventos sociales; es más, hago un gran esfuerzo para llenarme de responsabilidades y así abrumar mi cabeza lo suficiente como para no tener que asistir a ninguno. Sin embargo, sigo siendo profesora, por lo que no se me permite ausentarme de los festivales más importantes. Uno de ellos es el que se celebra en la última luna llena de cada verano. Este año se festeja el más importante. El líder de la academia, el mago empíreo, está en sus últimos momentos de vida, y el Consejo de los Trece llegó al fin de su función.

La única capaz de sacarme de mi soledad fue Samara. Hace unos meses comenzamos a compartir información sobre nuestras vidas personales, fuera de las clases o en misiones que nos son encomendadas. Ella me contó cómo anhelaba ver a su padre; yo le confesé que quería saber qué hay más allá, y esto fortaleció nuestra amistad.

Su personalidad, como la de todos los hijos del dragón, es muy violenta. Son seres que carecen de

apego emocional. Nunca la vi compartiendo con ningún otro profesor, pero irónicamente, al menos conmigo, su sentido del humor es muy ocurrente y genuino.

Nos encontramos en la primera entrada del castillo. Estaba vestida de manera diferente, más casual, con un vestido suelto de color rojo muy dulce, que combinaba con su cabello pelirrojo y su piel trigueña. Cuando nos saludamos, la abracé y, por inercia, coloqué mis manos en su cintura. Rocé su piel con los dedos, e inhalé con fuerza, no sabría describir ese sentimiento de anhelo que se formó en mi mente en menos de cinco segundos, pero lo ignoré.

Pasamos las siguientes horas paseando por el festival. Su rostro se ponía de color rosa cuando reía demasiado. Verla contenta me causaba mucha calma, y es difícil sentirse así en las tierras oscuras.

Pronto el lugar se llenó y muchos de los estudiantes se acercaron a mí para pedirme que firmara sus libros de hechicería. Ella se limitó a observar y hacer bromas, hasta que ambas sentimos el agobio de la multitud, así que dimos una vuelta.

Hacia el este del abandonado pueblo pesquero vimos un altar con la estatua de un dragón. Me preguntó si quería ir, le dije que sí y nos acercamos.

Estaba cubierto por muchísimas flores de jazmín. Era extraño ver algo tan bonito en los bosques encantados, ya que están malditos, pero ahí estaban esos pétalos blancos con un aroma a nostalgia. Agarré una y la guardé en el bolsillo de mi túnica.

Hablamos por un rato e intenté tocar su mano. Acerqué mis dedos, pero no sé si ella lo sintió. Tampoco sé por qué lo hice; supongo que hay cosas que simplemente ocurren, impulsos que ni yo, con todo mi estudio y experiencia, puedo controlar.

Me llaman la Bruja de Invierno porque, valga la redundancia, soy bastante fría, además de que mi piel es pálida y mi cabello es casi albino. No tener una familia me ha desconectado del afecto, y, además, ella no es humana. Su ascendencia de fuego desató un conflicto en mi mente. Por si fuera poco, ambas tenemos un papel crucial en la Gran Conspiración.

¿Debería arriesgarme o sucumbir al miedo? ¿Cómo es posible que yo, que me he enfrentado a los soldados más virtuosos de la Primera Orden, pueda temer a enamorarme?

Salimos de ahí, y por el camino discutimos sobre el futuro de la academia después de la muerte del Gran Mago. Me dijo que, posiblemente, quedará en sus manos, y luego en las mías. Esto no me sorprendió; me siento bastante preparada, pero sé que podría morir en algún encargo antes de que llegue ese día, por lo que no me emociono. También me contó que aspiraba a ser la espada de su papá y su ambición me conmovió.

Antes de volver al festival, me dijo que estaba agotada. Ella es la vicedirectora del instituto desde que el empíreo envejeció y se esfuerza muchísimo por cumplir con los designios de las Fuerzas del Mal, día tras día. Eso es algo que admiro profundamente. La acompañé hasta su dormitorio, al final del pasillo del segundo piso, y otra vez me abrazó. Puse mi cara en su pelo, luego en su mejilla, y luego la besé. Agarré su cintura con fuerza y cerré mis ojos. No quería soltarla. Besé toda su cara y desahogué un anhelo que, al parecer, dormía en mí desde hace mucho tiempo. Me dijo que ya se tenía que ir. Antes de que se marchara,

le regalé el jazmín. Cuando sostuvo la flor, me miró a los ojos fijamente: sentí la magia de la hueste del dragón dominándome.

Abrió la puerta de su cuarto, me agarró de la mano, y nos tiramos en su cama. Nos besamos intensamente, yo besé su cuello, luego sus pechos, y ella me agarró del pelo con fuerza. Le bajé la falda, la toqué entre las piernas, la saboreé y la besé con más fuerza. Ella colocó su mano bajo mi ropa interior y metió sus dedos en mí. Gritaba mi nombre y yo gemía en su oído. Le quité toda la ropa, en su cara podía ver que también había estado esperando este momento. Vislumbramos juntas el amor.

Luego de esta noche, no supe de ella por tres días y cuando la volví a ver por los pasillos. Sus ojos brillaban como hogueras. Una semana más tarde fue coronada como la princesa de los draconianos y la espada de El Depravado ante toda la academia en la Primera Capilla de la Sangre y también frente a toda la armada dragontina en el mismísimo infierno, donde pasó otra semana, en la cual tampoco me habló.

Se nos informó que su progenitor volvería en aproximadamente unos trescientos días y el mensaje llegó hasta los arcontes y ángeles caídos, quienes

festejaron hasta el final del año. También se le dio la potestad sobre un súbdito que nacería en las fechas cercanas a la guerra, un soldado dragón que sería su segunda mano y quien portaría la destrucción para dirigir a las hordas.

Ahora, con todas estas responsabilidades, nuestro romance quedó en lo incierto y solo puedo seguir con mi trabajo para distraer mi inquietud. Estoy confundida. Ese momento se repite en mi cabeza, una y otra vez, pero ella no le dio demasiada importancia. Temo que quede en el olvido. De todos modos, esta es la belleza de los instantes, efímeros, en este mundo maldito.

Aunque la sombra de la desesperación se cierne cada vez más sobre nosotros, espero volver a coincidir con la hija del dragón, sentir de nuevo su calor, y si eso no pasa, voy a atesorar esa primera y última noche en el fondo de mi frágil corazón humano. Quisiera que fueras eterna, que este mundo no estuviese tan podrido, para así poder caminar contigo de la mano hasta envejecer.

Quisiera que sepas lo mucho que te quiero, antes de que la guerra nos separe, yo te anhelo y te extraño...

Quisiera escucharte decir lo mismo en todos los lenguajes que hablas, y aun así, si eso no pasa, si el olvido nos separa, te atesoro en lo más oscuro de mi corazón.

La forma de la comedia

Diario de Alicia, la mentirosa

A medianoche, Dante y yo nos escabullimos por los corredores de la academia. La luz de la luna, que se filtraba a través de las grandes ventanas en los pasillos, nos guiaba hacia la biblioteca. Es la más grande de todas las tierras, del norte al sur, no existe otra así, pero no íbamos ahí por los cientos de libros sobre hechizos o seres infernales, sino por los rumores que habitan entre sus grimorios. Se dice que las deidades alienígenas corretean en ese cuarto.

Caminamos entre las enormes estanterías, que raspaban el techo. Miré a Dante, él me miró a mí y nos besamos. Primero con timidez, luego con urgencia. Nos empujamos, reímos tapando nuestras bocas, nos besamos otra vez. Nos sentimos libres entre la disciplina constante de nuestras lecciones.

Fue entonces cuando lo vimos. En el fondo, entre las sombras. Una figura encorvada estaba sentada frente a uno de los escritorios, de aspecto frágil, delgado, vestido con un saco marrón y pantalones oscuros que se fundían con la penumbra.

Lo único que lo iluminaba era una vela blanca, cuya luz titilante hacía que su presencia sea aún más intrigante.

Dante y yo intercambiamos una mirada. ¿Por qué nunca habíamos visto a este señor paseando en el castillo? Cuando nuestros latidos se normalizaron, nos acercamos. Sabía que él nos veía, aunque no levantara la mirada. Sentí el peso de su presencia sobre mí, tan intenso que, casi sin pensarlo, incliné suavemente la cabeza. Dante hizo lo mismo.

El hombre cerró su libro en un gesto pausado, luego se levantó y caminó hacia una de las estanterías. Sacó dos manuscritos y los dejó sobre la mesa. Nos miró, o al menos lo sentí así, y entendí su mensaje. Debíamos leerlos. Con manos temblorosas, tomé el volumen y retrocedí junto a Dante.

El terror se filtró en mis venas. Si este era un encuentro con un dios exterior, podríamos morir. Miré hacia atrás y la vi. Una cabra. Tal vez fue su mirada, vacía y profunda, como si entendiera más de lo que podría comprender un animal de establo, pero corrí, y nos persiguió una carcajada deforme que no pertenecía a ningún humano.

Cuando por fin llegamos a nuestros cuartos miramos los libros que habíamos tomado. No entendíamos nada. Estaban escritos en un lenguaje que solo hablan los eruditos, y dos noches después fueron ellos mismos los que los confiscaron y los devolvieron a la biblioteca, prohibiendo su lectura a cualquier estudiante novato.

Mañana me postulo para ser parte de la organización de la Bruja de Invierno, puede que ahí encuentre respuestas. No sé si quiero ver a Dante otra vez.

Mi amor inmortal

Diarios de Eros, el pretendiente

En la oscuridad del bosque, no muy lejos de la academia, todos los alumnos de decimotercer y decimocuarto año de la Casa de la Sangre estábamos celebrando el fin de curso, pero en mi mente, solo estábamos ella y yo. Dos mantos rojos fantaseando con romance.

Fue bastante inesperado, porque no fui allí buscando nada más que distraerme con el olor a alcohol y tabaco. Sin embargo, mi pretendida se acercó. Siempre fue solo un amor platónico, una misteriosa hematófaga de pelo marrón, y me contentaba con mirarla de lejos.

Al principio, no le creí cuando me dijo que le gustaba. Su respiración se intercalaba con la mía mientras nuestras lenguas se movían. Quedé estupefacto. Nos miramos a los ojos por unos segundos. Me dijo que no podíamos estar juntos, pero no le hice mucho caso. Ella se dio cuenta de mi indiferencia ante sus palabras, frunció el ceño, quitó mis manos de su cintura y se fue, creo que a bailar.

Intenté hablarle, pero parecía que el gusto por mí se le había pasado. Escribí varias cartas hasta que un día me respondió y comenzamos a intercambiar afecto. El solo pensar en nosotros, juntos, me extasiaba, pero hice todo lo posible por mantener la compostura. Días después nos encontramos por las aulas. La vi diferente: antes la sentía tan lejana, y ahora estaba allí, tan genuina, riéndose, vestida de negro.

Se acercó sonriendo, y me susurró:

— Búscame, de madrugada, en el bosque profundo.

Y allá fui, nervioso, sosteniendo la linterna con las manos temblorosas. Nunca me había percatado de la oscuridad de los bosques hasta esa noche; los guardias abominables en los campamentos se burlaban de mí por mi torpe andar.

Cuando llegué, encontré a tres Noctómanos; dos parecían estar haciendo tareas de sus casas, y el último estaba durmiendo. Les pregunté si habían visto a una chica morena, no muy alta, y me dijeron que fuera al oeste. Crucé los últimos árboles y me encontré en un descampado.

Comenzó a llover y las gotas estaban tibias. Miré frente a mí, vi una capilla y, al lado de ella, una estatua gris oscura de una mujer de pelo largo tapándose la cara, también ensangrentada. Una melodía disonante se escuchaba desde muy lejos. Lo que primero sonaba como una sola voz pronto se convirtió en un coro irritante. Arcadas, náuseas, calambres, mi cuerpo se descompensó.

Esa era una capilla de Babalón, la diosa regente de su casa, y comprendí todo. Debía correr. Antes de que pudiera reaccionar, sentí un golpe en la nuca y cuando recuperé la conciencia estaba rodeado de los mismos compañeros que vi en el bosque.

Me habían encontrado herido, con varias puñaladas en las costillas y mordidas en el cuello. No volví a verla. ¿Qué había pasado? Las enfermeras dijeron que intentaron arrancarme el corazón, que mejor no mencionara lo ocurrido, y ahora… la extraño cada vez que veo sangre.

La doncella de sangre

Diario de Morgana, la bruja de invierno III

Durante los meses en los que la Primera Orden descubrió la Gran Conspiración, se me ordenó asistir a varias clases en la Segunda Capilla de la Sangre.

En verdad, la magia roja me parece la más obscena de todas. Hay quienes pierden la cabeza en los mundos de carne y se obsesionan hasta puntos extremos, como Nyla, la extraña alumna que ahora duerme en el cuarto de tortura. A mí me pagan bien, así que, a pesar del asco, le pongo cara a mi obligación.

En las clases suele estar presente Samara, ya que ayuda bastante cuando se trata de contener las violentas formas de la Diosa Roja. Casi siempre son solo pequeños pedazos de músculo con garras y dientes, capaces de atacar con hechizos menores, pero de vez en cuando, su desgracia se manifiesta en formas colosales, con miles de apéndices que luego se convierten en cuerpos desnudos para después mutar en figuras de mujeres. Un fresco de absurda indecencia.

Todas las clases se basaban en eso, en matar lascivos esbirros. Fue en la última cuando se unieron dos ángeles caídos como invitados de honor.

Azazel era una sombra alta y tosca. Caminaba silbando una tonada, a un volumen casi imperceptible. La llamaban *La Parca.* Vestía una armadura negra con una capucha que ocultaba casi todo su rostro.

Asmodeo, en contraparte, era una mujer coqueta, rubia, y llevaba una máscara de huesos, por lo que no podía confirmar la belleza que le atribuyen en los grimorios.

La Parca me miró con desprecio, pero no me inmuté. En cambio, La ramera intentó entablar conversación varias veces, gimiendo, pero la ignoré, pues su magia de seducción es engañosa. Cuando Samara llegó, nos colocamos en círculo frente al altar, nos arrodillamos y recitamos un hechizo:

Ln'gha Gen'th'beth Uh'enyth ln'gha Ne'ghftyar Gofthak

Repetimos estas palabras varias veces, como un mantra, y me adormecí, y fui elevada.

Cuando salí de la confusión, me encontré en el piso de una enorme cámara, hecha de vísceras, con kilómetros de alto.

A unos pies de mí se encontraban los dos súcubos y la Hija del Dragón, contemplando el panorama, hablando en el lenguaje primordial sobre chismes de guerra en voz muy alta. Al percatarse de mi presencia, las tres me miraron directo a la cara. Me sorprendí, ya que nunca había visto a Samara tan liberada. Su postura había cambiado, sacaba más el pecho y su risa se hizo ronca. Se despojó del disfraz que usaba cuando estaba en el mundo mortal.

Me levanté rápidamente y frente a nosotras se extendió un vasto paisaje violeta oscuro, rosáceo, como un hematoma. Escuché el sonido de la carne retorciéndose y se me revolvió el estómago.

Emprendimos viaje hacia el norte y luego de tres horas nos detuvimos por orden de Samara.

Se encendieron frente a nosotras dos ojos rojos, como dos astros. El color púrpura del cielo, si es que así podía llamarse, tomó la forma de un rostro. Babalón se hizo presente. Nos arrodillamos y ella solo se limitó a reír.

Poco a poco, pensamientos se hicieron presentes, como si esa risa en realidad fuese un complejo conjunto de información que yo, una simple humana, no podía comprender.

Recibí órdenes exactas sobre mi rol en la marcha. Cientos de imágenes agobiaron mi cordura: hogueras con olor a carne quemada, gritos de desesperación y sobre una gran muralla hecha de acero oscuro, vi un yelmo con tres cuernos y a su lado, dos ojos de fuego. La tierra iba a ser ocupada. No me podía mover, mis retinas ardían. Samara y los súcubos reían a carcajadas, apretándose el estómago, como si se tratase de una broma. A contraluz parecían lobos abriendo las fauces para engullir.

Unas campanas pequeñas pasaron detrás de mis oídos, percibí un olor familiar y volví a mí misma.

Cuando me enfoqué, la figura color morado se empezó a degenerar, toda su estructura se derrumbó en miles de cuerpos pequeños llenos de pus color rosa. Traté de cruzar miradas con Samara, pero ella seguía riendo, hablando en ese ancestral idioma, y no me dirigió la palabra.

Mis manos estaban temblando. Solo podría comparar ese recuerdo con un muy bizarro sueño de fiebre.

Empecé a tener un ataque de pánico, por lo que la Parca, otra vez, me miró con asco, y Samara dio la orden de volver a caminar lejos de la enorme pila de cadáveres.

Cada una de nosotras tomó su arma y se quitó la vida. Me desperté en medio de la capilla y grité con todas mis fuerzas.

Samara soltó una risa, se despidió y salió de ahí, dejándome tirada, tratando de digerir todo lo que había pasado. Me recompuse, me limpié la ropa y volví a la Academia. ¿Por qué actuaba así? Si hace tan poco reíamos y disfrutábamos de nuestra compañía.

Mis sentimientos quedaron opacados por sus responsabilidades y las mías. Este es el momento menos oportuno para pensar en amor. Sé que ella quiere que me desempeñe de la mejor manera en la batalla que nos espera.

Tan pronto volví al castillo empecé a ordenar todos los documentos y libros que vi. También elegí y organicé las formaciones de magos y sus roles en la invasión. Asigné a los Noctómanos las tierras que

debían ocupar. Aquellos que originalmente estudiaban en la Casa de la Sangre se sintieron entusiasmados, así que a ellos les otorgué la tarea adicional de auspiciar degeneraciones en esas tierras. Tal vez esto desensibilizaría a la población antes de su inminente extinción.

Otra vez, no pude dormir por semanas. Tuve pesadillas constantes sobre una mujer rubia, a quien ya había visto en sueños. Esta vez lloraba en un templo lúgubre de color gris, con sangre salpicando sus antiguos pilares. Cada vez que la veía tenía ganas de abrazarla, pero cuando lo intentaba mi piel se terminaba pudriendo, para luego despertar.

El dolor cala en mi sien, pero debo seguir con mi deber. Babalón, la puta de las Fuerzas del Mal, me contaminó con su secreto.

Alabado sea el sol

Memorias del caballero Cristian VIII, último hijo del sol

Anoche tuve un hermoso sueño. Vi a una dulce criatura durmiendo en una cuna de oro. Estaba acostado sobre algodón blanco, y tapado por un velo de seda, casi transparente. Su cuerpo se difuminada, primero parecía un cordero y luego un infante. Escuché el llanto, suave, melancólico y con pocas fuerzas, de una mujer. Se me acercaron los ángeles y me dijeron que teníamos que atender asuntos celestiales con urgencia:

— ¡Hijo del Sol! Poca es la luz que ilumina a estas tierras, y vos sos el único que nos puede escuchar, porque tu corazón está lleno de virtud. Debés alejar al mal, a toda costa, de tu templo.

Desperté por el sonido de los arañazos de un gato negro en la ventana de mi habitación, pero no olvidé mi visión. Desde esa noche, me mantengo firme ante el juramento a los guías de mi iglesia. Purificar las tierras contaminadas por la ambición desmedida de los falsos dioses es mi responsabilidad.

Presencié con mis propios ojos el horror de las Fuerzas del Mal, y siento que debo curar la gran herida que se abre en las tierras del sur.

No viví la era dorada, aquella en donde aún no existían brujas ni abominaciones, y que ahora solo existe en los libros sagrados, en donde la humanidad parecía estar caminando por un sendero seguro en un mundo natural, sin la intervención de la magia.

Yo crecí entre la preocupación constante de la Primera Orden por la paz, la cual según tengo entendido ya estaba perdida para cuando nací. Ahora que los ángeles me dieron los designios de Dios, tengo el deber de demostrar que aún hay esperanza.

Fui nombrado "Último Hijo del Sol", como último bastión de esta fe. El papa, los obispos y los cardenales ya están envejeciendo y tienen la teoría de que todo ya está escrito, cargan con un pesimismo determinista.

No entienden cómo, a pesar de nuestros esfuerzos por predicar el amor, ofrecer comida y hogar a tantas familias perdidas, aún existan quienes se desvíen del camino que les ofrecemos.

Además, todos los intentos de destruir la moral de los caballeros, de parte de las Fuerzas del Mal, tuvieron éxito, dejando que la leyenda de dos mujeres asesinas capaces de invocar magia ancestral corriese, destruyendo la seguridad de los seguidores del Arquitecto, santificado sea su nombre.

De igual manera, no me canso de repetirles que basta un solo hombre para cambiar la historia.

Por eso entreno, estudio y rezo cada noche antes de dormir. Porque sé que, con determinación, puedo ser yo el salvador, o al menos puedo ser una inspiración, para que todo joven soldado que ingrese a la Primera Orden quiera intentar salvar este mundo corrupto y así, quizás, finalmente pueda ser purificado.

Solo se necesita un vestigio de esperanza. Uno que quite a nuestra madre de su angustia y así pueda salvarnos a todos.

Madre de cristal ¿por qué lloras así? Si vos sos la respuesta...

La calamidad

Memorias del Nimrod, el pueblerino

La noche en que decidí salir del pueblo era fría. Los vidrios de las casas estaban empañados y no había nadie en las calles. Salí de mi choza y me subí al caballo para rodear el bosque, hacia el suroeste. A medida que me alejaba de mi hogar, me distanciaba cada vez más del calor humano. Tenía la sensación de que no volvería a sentir la hospitalidad de mi gente. Los chamanes de las tierras del oeste contaban la historia de un fuerte en los bosques del sur, donde se manifestaban ángeles, demonios y dioses.

Sin embargo, lo que realmente me atraía a ese lugar era la leyenda de un hechizo capaz de traer a los muertos del más allá. Necesitaba recuperarla... la niña de mis ojos... el amor por ella me llevó a tomar medidas desesperadas.

Seguí cabalgando y, al alejarme más de mi pueblo, me di cuenta de que ya no podía rodear la arboleda, así que pausé, bajé del caballo e improvisé una hoguera. Cociné un poco de carne de oveja que había traído en mi bolso; el olor era fantástico. Mientras se doraba en el fuego, escuché unos pasos y lo vi todo negro.

Cuando recobré la conciencia todo se veía borroso, el fuego se apagó y todo estaba oscuro. Solo pude identificar una figura de dos metros de altura, gruñendo y devorando a mi caballo de manera compulsiva. Corrí con todas mis fuerzas y al parecer esa bestia no me escuchó.

A pesar de que estaba gritando y llorando, no me siguió. Corrí lejos. ¿Qué iba a hacer? Ese bosque realmente estaba maldito. Escuché algo respirando fuertemente, ese jadeo se acercaba a mí; debía ser el asesino. Seguí corriendo y vi que la vegetación se hacía menos frondosa, así que me dirigí en esa dirección y salí a un área llena de piedras, era la ladera de una montaña.

Me escondí detrás de una gran formación de rocas… por minutos… por horas… hasta que perdí a mi cazador. Salí de mi escondite y caminé con cautela. La luna iluminaba el paisaje y en el horizonte distinguí una silueta, así que me dirigí hacia ella, pegado a las paredes. En el camino vi pozos y un sendero comenzó a dibujarse.

De alguna manera, la foresta parecía reaparecer, como si los arbustos me guiaran a mi destino y, finalmente, pude ver el alcázar. Este se veía hermoso, totalmente

diferente a lo que describían los temerosos. No olía a podredumbre ni se escuchaban gritos, así que me acerqué con calma.

Caminaban hacia el lugar jóvenes vestidos con túnicas oscuras y elegantes, hechas de una tela que parecía ser algodón, algunos con las puntas de las mangas pintadas de color rojo y otras de color crema. Parecían estudiantes, así que supuse que en la residencia había un liceo.

Me escabullí con cuidado para que nadie me viera, pero fue inútil, pues ya me habían avistado.

Dos grandes caballeros, con manos peludas, me sujetaron violentamente por las piernas y el pecho. En ese instante comprendí que eran de la misma calaña que la bestia que me había perseguido.

Sin decir nada, me arrojaron a una celda en un piso inferior. Allí recé por mi vida. No había comido ni dormido y el cielo afuera seguía oscuro, como si la noche en estas tierras no tuviera fin. En la celda de al lado había un hombre flaco y golpeado.

Le pregunté dónde estábamos, pero no respondió, simplemente rompió a llorar. Mi desespero creció. ¿Terminaría yo igual que él? No podía permitirlo.

Le hablé otra vez, diciéndole que podía sacarnos de aquel lugar, pero él seguía llorando palabras extrañas. Le pregunté:

— Pero no entiendo ¿qué significa eso?

El hombre guardó silencio por unos segundos, hasta que se levantó, se acercó a los barrotes y comenzó a gritar con una intensidad desgarradora. Me tapé los oídos, su voz sonaba rota, como si no fuera la primera vez que emitía aquel sonido estridente.

Tras varios minutos, se calmó y me miró con ojos perdidos antes de susurrar:

Elwu'nafh'nah Ah Nog

Su grito atrajo a dos guardias, que bajaron rápidamente por la escalera. Fingí estar dormido, pero ellos me patearon para levantarme. A punta de hachas y espadas, nos empujaron a mí y al hombre perturbado hacia los interiores del fuerte.

Mientras caminábamos, noté que nadie nos prestaba atención. Los individuos que se cruzaban en nuestro camino llevaban libros; ahí pude confirmar que este lugar debía ser algún tipo de academia. Subimos por una escalera de piedra que nos condujo a una capilla.

El altar era de mármol y los candelabros de plata sostenían velas de un violeta profundo. Los bancos de madera estaban ocupados por señores vestidos de negro, con los rostros ocultos bajo capuchas. En el centro del templo, un anciano yacía sobre un lecho de madera, cubierto por un sudario blanco. Alrededor de él, unos círculos de figuras con tapados totalmente negros murmuraban en un idioma antiguo.

El anciano parecía estar al borde de la muerte, pero su rostro mostraba una inquietante serenidad. Los murmullos alrededor se hicieron cada vez más fuertes… más intensos... Hasta que pararon. Entonces, los maestros de ceremonia tomaron su cuerpo y lo colocaron sobre una pira, que encendieron, y las llamas consumieron al anciano con lentitud. A mi lado, el hombre perturbado temblaba, susurrando incoherencias mientras mantenía los ojos fijos en las brasas. En su mirada había una mezcla de terror y fascinación.

La idea de escapar había estado rondando mi mente desde que me atraparon, pero sabía que necesitaba una distracción. El demente era la chispa perfecta. Me incliné hacia él y susurré con cuidado:

— Mira lo que están haciendo. Están a punto de sacrificarnos…

El hombre se lanzó al frenesí, gritando:

— ¡Lw'nafh'nah! ¡Lw'nafh'nah!

Corrió hacia la pira donde ardía el cuerpo del anciano y, con una fuerza que no parecía suya, la volcó. Las llamas se extendieron por la sala, avivadas por la confusión. Algunos de los presentes se contagiaron de su frenesí, gritando y rasgándose la piel, mientras se quemaban vivos. Otros, reconociendo el peligro, comenzaron a correr hacia la salida, ondeando sus batas. Esta era mi oportunidad.

Sin saber exactamente hacia dónde iba, corrí, entré por la primera puerta que vi y me encontré con una biblioteca. Allí, los eruditos estaban juntando libros y reliquias para huir. Busqué desesperadamente algo que tuviera que ver con el hechizo, pero no había nada, así que me escondí.

Uno de los encapuchados, del cual solo pude identificar el cabello de color blanco que se escapaba de las telas que tapaban su cara, se acercó silenciosamente al captar mi presencia, con una expresión fría.

Pensé que este iba a ser mi desenlace, pero me tomó la mano y me miró a los ojos:

— No vas a encontrar el hechizo que buscas acá, pero este otro puede que te ayude a traer a tu hija de vuelta. Es tu única opción.

¿Cómo sabía sobre mi hija? No había tiempo para dudas, así que tomé el pergamino. Recité el mantra en el silencio de la biblioteca y de pronto el aire se puso tenso.

Esperé una señal… algo que me mostrara que todo el esfuerzo que había hecho hasta ahí valía la pena… pensé que mi hija volvería del mundo de los muertos… pero en lugar de eso, un estruendo rompió el silencio y gritos desgarradores llenaron los pasillos.

Una presencia recién nacida se estaba manifestando.

Salí corriendo de la biblioteca y al mirar por una ventana que daba al jardín, vi lo que estaba pasando: figuras monstruosas devoraban a los fanáticos y otras peleaban con los caballeros, echándoles una especie de sustancia negra que consumía sus armaduras.

¿Qué eran esas cosas? Tenían formas innombrables, sus ojos brillaban de colores fuertes y cambiaban en

posiciones bizarras. El erudito me había engañado y había escapado con los demás. En medio de la confusión busqué una salida y en uno de los pasillos de la torre vi una ventana. Me lancé por ella. Caí sobre los árboles alrededor de la torre, luego al suelo, y corrí una vez más, con las pocas energías que me quedaban, hasta quedar inconsciente.

Al despertar, vi en el horizonte el instituto, con humo saliendo de él y gritos, muchos gritos, viniendo de ahí.

A todos los habitantes del oeste se les enseñó que esas tierras nunca debían ser visitadas, bajo ninguna circunstancia.

Capítulo III: El Dragón

Cien mil miradas

Memorias de un fanático de la iglesia de los horrores

Desde las vísceras del abismo pude sentir la turbulencia. Sus ojos temblaban, giraban en todas direcciones hasta que finalmente se fijaron en mí. ¡Qué horrible sensación! Me sentí desnudo, despellejado, como si hubiesen abusado de todas mis fragilidades.

¿Cómo podía ser que algo al otro lado de la existencia estuviese respirando en mi nuca? Esperé lo peor.

Habían pasado días desde la última vez que comí. Llegué hasta este templo de la locura a través de chismes, no pude dormir por días obsesionado con el mito de los horrores. Vagué por los bosques, hacia el norte, y en mi excursión hombres rapados me secuestraron para después encerrarme en una celda sucia, con olor a orina.

Ahí me dejaron abandonado hasta que trajeron un pote lleno de agua sucia y vómito.

Fue en ese momento en el que vi sus miles de brazos tratando de alcanzarme desde el fondo del caldero.

De sus manos salían bocas con dientes y de estas bocas salían lenguas, todos estos apéndices en constante cambio y transformación. Quedé paralizado. Se acerco a mí y un instante antes de tocarme, el homúnculo desapareció, dejándome con el corazón en la boca.

Una marca apareció en mi frente: un pentagrama con tres ojos. Fui estigmatizado por la Iglesia de los Horrores y… poco a poco... pierdo la habilidad de... pensar... las palabras se desvanecen y solo veo ojos... ojos... ojos... ojos... y desde la ciénaga me observan con las pupilas dilatadas... los ojos me sonríen.

¡Están felices de que yo esté aquí! Cantando y bailando frenéticamente... regocijándome...

Esperando la gran lucha antiexistencial… esperando el retumbar, los golpes de sus tentáculos, que residen en el abismo olvidado.

Enwngluii Enwngluii Enilgh'ri Phe' Ya Now

Me aferro a tu cariño, gran porquería llena de ojos… ojos… ojos… ojos… ojos… Espero a que el virus de la tristeza y vos se desaten en furia sobre todos los ambiciosos dioses… Ojos… ojos… ojos… ojos…

Llll c' li c' ymg' vul-gtmah. llll c' li c' llll n'gha bthnkor ot r'luhhor, c' l' bug shugnahh mgepyarog llll mgepah'mgehye bthnknahor ot r'luhhor…

Y juntos, viajamos más allá de lo que entienden los cuerdos, buscando tu deformidad, gritando y flagelando nuestros cuerpos en amor hacia ti.

En el camino más curiosos se nos unirán en este desenfrenado baile, pero pocos podrán realmente entender, pues vos solo hablas para los locos... ojos... ojos... ojos... ojos…

¿Adónde fue el dragón?

Diario de Bruno, el joven Noctómano

La entrada al norte del bosque profundo está totalmente prohibida. Creo que esa es la razón por la que decidimos buscar la manera de ver qué hay más allá. Pelear contra los hombres bestia no era una opción, ya que ninguno de los tres tenía la fuerza física para enfrentarlos, así que buscamos otra forma.

La encontramos en la magia de la noche y sus servidores. Nhiguel, Mathew y yo ya no éramos novatos. Pasamos madrugadas en vela, descifrando los secretos del bosque, conectándonos con él. Esta conexión nos otorgó una mayor capacidad para utilizar nuestra magia ahí.

Nos encerramos en un cuarto de la Tercera Capilla de la Sangre y recitamos los encantamientos que nos enseñó la Bruja de Invierno.

Repetimos esas palabras como un mantra, unas veinte veces, mientras tomábamos un té de Rosa de Sharón. Solo Nhiguel se quedó dormido, como siempre, y en su sueño invocó a un Noctámbulo.

Este ser no se comunicaba con palabras, era extraño. Algún tipo de telepatía tácita era su medio de expresión.

Le ordenamos que nos proyectara una imagen de las inmediaciones del norte, y entonces lo vimos: una enorme puerta de madera, custodiada por dos gigantescas abominaciones. Más allá, observamos otra puerta aún más grande, hecha completamente de acero, iluminada por varias antorchas. Le pedí que avanzara hacia ahí.

Estábamos emocionados, nuestra magia era realmente poderosa comparada con la de algunos de nuestros compañeros.

Este lugar era una cueva. Sentí un cosquilleo en la nuca y, antes de que pudiera mencionarlo, Mathew dijo que sintió lo mismo en sus orejas. Un estímulo sobrenatural. No era miedo ni aversión. Era otra cosa. Algo tiraba de nosotros hacia aquella zona restringida.

La academia prohíbe las excursiones sin justificación. Aun así, decidimos entrar, así que dormitamos también.

Las paredes de la caverna estaban heladas y resbaladizas, y nuestra respiración agitada resonaba en

el espacio cerrado. Las piedras estaban cubiertas por una sustancia viscosa de un morado enfermizo que burbujeaba.

A medida que nos adentrábamos más, un ruido extraño retumbó en las paredes de piedra. El sonido se intensificó. Entramos en trance y perdimos la noción del tiempo. Yo había escuchado leyendas sobre las percusiones del infierno y al parecer eso era lo que estábamos oyendo. Nos internamos más en la grieta, atravesando túneles cada vez más estrechos, que parecían moverse al compás de la música.

Finalmente, llegamos a una enorme cavidad. Era una pintura surreal.

La habitación estaba iluminada por una luz que transformaba el color y la forma, creando siluetas en patrones imposibles. A medida que nos profundizamos más, las paredes, el suelo y el techo se transformaron en un torbellino de diseños abstractos.

Nuestras mentes se volvieron más desorganizadas a medida que pasaban los minutos. Entramos en un estado de conciencia abrumador, en el que lo sensorial, lo visual y lo auditivo se fusionaron.

Mathew habló en un idioma extranjero que no entendíamos, parecido al de los guardias del castillo:

Ya Throdogog Uh'enyth Ot Nilgi'ri Ah

Charlamos por minutos en ese lenguaje, sin un hilo de conversación, disociando, hasta encontrarnos inmersos en un reino nebuloso, donde todo se desvanecía y volvía a aparecer.

A lo lejos, vislumbramos criaturas enormes, semejantes a serpientes adornadas con escamas que recordaban a piedras preciosas. Su apariencia era imponente, y estaban suspendidas en el vacío. De ellas emanaba autoridad.

En el corazón de este plano, vimos un agujero colosal rodeado por luces de color naranja. El cráter llenaba cada centímetro del espacio que podíamos percibir.

Dentro de este abismo, algo descansaba. Podíamos escuchar su profunda respiración. Había dormido durante miles de años y estaba a punto de despertar. Nos hipnotizaba... hasta que recibí un golpe en mi cabeza.

Era la chica del cuarto de tortura, la loca, que nos había encontrado en pleno ritual. La vi en la esquina de la habitación, con su rostro pálido y su mirada carmesí fija en nosotros, como si nos hubiera estado observando desde el principio.

Amenazó con contárselo todo a nuestra mentora a menos que le pagáramos una cantidad ridícula de oro. En medio de los insultos el cuerpo de Nhiguel comenzó a convulsionar: estaba viendo más de lo que debía.

Nyla le derramó agua muy caliente en la pierna izquierda, pero esto solo hizo que la tela de sus pantalones se quemara en su piel, por lo que tuvimos que llevarlo a la enfermería.

Samara nos castigó a todos, incluida Nyla, y nos prohibió el uso de la magia hasta la noche en que íbamos a abandonar la capilla. De cualquier manera, ya había visto esa cosa, y en algún momento sé que va a levantarse, para devorarnos a todos.

Solsticio de invierno

Diario de Morgana, la bruja de invierno IV

Al conocer la verdad, encriptada en el susurro de Babalón, mi mente se desestabilizó. Me volví paranoica con el mundo exterior, como un gato vagabundo, siempre alerta ante una amenaza invisible, cada día más torpe y errática, atrapada en un perpetuo sueño lúcido. Todo escaló hasta aquella fatídica noche de la calamidad.

Cuando el castillo se incendió, los eruditos huimos a la Tercera Capilla de la Sangre. El refugio es más pequeño que la Academia, como una vieja mansión.

Nyla, la niña buitre, fue una de las pocas estudiantes sobrevivientes. Logró repeler a las criaturas que intentaron entrar al cuarto de tortura, y por ello la nombré mi armera.

Le puse el apodo de *Colmillo Bebé* y le regalé una muñeca. La está aprendiendo a usar para manifestar a su Noctámbulo. Es la única capaz de cuidar mi equipo sin caer en la locura, quizás porque ya está loca.

Otoño comenzó, y me cuesta explicar cómo me siento ahora que se acerca la marcha. Algunos magos están ansiosos, encerrados en sus cuartos mientras estudian frenéticamente cada noche. Las abominaciones están emocionadas, entrenando sin descanso.

Samara se muestra cada vez más distante, como si su mente estuviera atrapada en la guerra. Por mi parte, me siento estúpida. No puedo creer que, después de tanto tiempo aislada de las emociones humanas, a mis veintiocho años, haya caído rendida ante un vástago del dragón.

Pasé de la indiferencia a la limerencia. Llorando hasta dormir, con el rostro palpitando, todos los días hasta mi última revelación.

En ese sueño, caminé por un vasto campo cubierto de nieve.

Se parecía a los bosques encantados, pero bajo una blanca tormenta, y el intenso viento hacía que mi camino fuese difícil de ver. Mi varita comenzó a sangrar, dejando un rastro rojo tras de mí sobre el paisaje.

Paso tras paso sentí carne bajo mis botas. Cuando apoyé los dedos en el piso, otros dedos respondieron al tacto, y también rostros, mientras subía una colina hecha de cadáveres.

Al final de ella vi a Samara. La saludé, después grité su nombre, pero ella no me escuchó. O yo era muda o la ventisca silenciaba mis gritos. Le dije que la quería, que la extrañaba, pero siguió ignorándome. Le di la espalda, y frente a mí apareció el súcubo escarlata.

— Nunca vas a ser correspondida por la Hija del Dragón, ni en esta, ni en ninguna otra vida. El amor desde la aflicción no es amor. Una asesina no puede sentir amor.

Sus palabras perforaron mis pulmones y vomité.

Vi a mi adorada montando a un draconiano, copulando. Gritaban, se lamían.

¿Por qué lo hacía frente a mí? Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero mi tristeza no tenía conclusión. Le imploré que me quitara el dolor, pero la zorra de sangre me respondió:

— La infatuación va a parasitar tu corazón, así como lo hizo en el mío.

Nunca cuestioné mi propósito. Por primera vez siento terror al pensar que estoy destinada a seguir el camino del mal.

Si realmente es mi única fortuna y no puedo cambiarla de ninguna manera, mi vida no tiene más sentido que una mierda. Soy un obituario disfrazado de mujer.

Si realmente esta es mi única fortuna, voy a dejar que mi pecho se convierta en un helado cascarón, sin empatía, sin dolor.

Los hijos de la luna

Había una vez, en un bosque lejano, entre
altas piedras, un reino arcano.

Ahí vivían los Ahnah Yogshugg, criaturas
curiosas, con colas largas y patas graciosas.

Ocultos entre niebla, entre árboles viejos, sus
ojos brillaban como pequeños espejos.

Un día Innana, la más curiosa del lugar, vio
algo brillar, ¡algo que había que encontrar!

—¡Hay algo acá! —murmuró con emoción, al
remover hojas, con gran devoción.
Bajo una piedra, oculta y callada, brillaba una
joya de luz plateada.
—¡Oh, miren! —gritó con vigor—. ¡He
encontrado un talismán, un antiguo fulgor!

Sus amigos corrieron hacia ella, con sus ojos
chispeando, como dulces estrellas.

—¡Es mágica, brillante, un trozo de luna! —
dijo Innana riendo—. ¡Es como ninguna!
—Una reliquia tan vieja, tan llena de poder.
¡Debemos guardarla, no la pueden tener!
Y así comenzó su gran travesía, protegiendo
la joya, de noche y de día.

Los Ahnah Yogshugg, pequeños y valientes,
lucharon por la luz, contra sombras
penitentes.

En un mundo oscuro, con secretos profundos,
guardaron la luna, en todos los mundos.

Porque, aunque pequeños, con almas de oro,
¡los Ahnah Yogshugg tienen un tesoro!

La fundamentalista

Reporte de Nyla, el colmillo bebé, para la A.AO

Las estrellas me observaban mientras torturaba cangrejos en la playa, junto al ahora abandonado pueblo pesquero. Coloqué un espejo en la arena y ahí realicé la evocación.

Se me había dado la orden de comunicarme con uno de los ángeles caídos, y aunque repudio toda magia que no sea sanguinaria, no me quedó de otra que aceptar la tarea.

En el vidrio comenzaron a formarse figuras geométricas, y en el centro de la bóveda nocturna titilaron dos gigantescos ojos, como relámpagos detrás de las nubes.

El manto sombrío, ahora descarnado, reveló su verdadera faz. El hogar de un coloso.

Sin entenderlas realmente, pronuncié frases encomendadas a mí por mi nueva maestra, la Bruja de Invierno. Alcé mis manos, cerré los ojos y recité los hechizos de la runa del cielo.

Un susurro atravesó el espejo que yacía en la arena. Quedé pálida al darme cuenta de que lo estaba logrando: estaba entablando una conversación con Leviatán. Me postré ante él, pues las deidades alienígenas son muy poderosas.

El artefacto comenzó a temblar y un potente pilar de luz emergió de él, conectándose con el cielo. Entonces habló:

— Esta es mi respuesta. Predispongo mi tesoro, encomendado a mí por el Arquitecto antes de la rebelión. Por ser la mensajera, una marca se grabará en tu carne. Esta es la runa del cielo; con ella, tu percepción será total.

Siluetas con forma de serpientes se hicieron palpables y atravesaron la distancia entre los mundos. Las víboras me rozaron y un símbolo ardió en mi frente.

El cielo, habiendo revelado su misterio, se cerró sobre mí, y las estrellas regresaron a su vigilia como si nada hubiese perturbado su calma. La balanza se había inclinado hacia nuestra iglesia.

Volví a la Tercera Capilla de la Sangre, donde mi maestra me esperaba. Me dijo que ahora poseía el don de la visión.

Algún día, después de la guerra, tendré que arrancarme los ojos para entregarlos a Babalón.

Lloré, grité, bailé. ¡Voy a regalar parte de mi cuerpo a mi Gran Maestra! Voy a ser usada en la búsqueda y castigo de aquellos que desobedezcan al rey del nuevo mundo.

La marcha de los draconianos de fuego

Memorias del general de la horda

¡Puaj! ¡FAHF SHUGG AH MGVULGTNAH! ¡Mierda! Ya no tengo paciencia. Anhelo que la marcha sea vista en toda su gloria. La saliva se derrama de mi boca. ¡Tengo sed de violencia!

Durante años nos pudrimos en este puto abismo de condenación, aguardando el momento en que nuestras uñas puedan arrancar la repugnante piel de esos malditos mortales.

Aquí, entre una mezcla de hedores nauseabundos, el entusiasmo de los ejércitos se siente en el aire. Se murmura, en los círculos más elevados de las élites militares, que el momento de la batalla se aproxima.

¡Ya es hora de que todo este infierno estalle! De invadir a los Hijos del Sol, de arrancarles los ojos de sus órbitas, de pulverizar sus cráneos bajo el peso brutal de nuestros mazos. ¡Esa es mi más retorcida fantasía! ¡Blegh! ¡Ah!

Concebido con la sangre de trece herejes sacrificados, así fui engendrado en este plano. Nací de la purulenta panza de una enorme arpía con cinco cabezas. Sacerdotes decrépitos la cortaron y me sacaron de allí entre mucosidades mientras gritaba.

Me crié en esta pocilga, fui entrenado en el Arte de la Guerra, torturado y humillado, preparado para el genocidio.

Me convertí en el más despiadado de todos. Recuerdo la sangre de esos generales que intentaron comandar mi voluntad. Desgraciados esbirros que pensaban que podían controlarme. ¡Ja! ¡Ni siquiera fueron dignos de limpiar mis escamas, esos imbéciles! Los despedacé y disfruté cada instante.

¡Así fue como tomé el control de las tropas! Volviéndome legado de legión, aniquilando sin piedad a cada uno de mis superiores. ¡Fue así que recibí el honor de poder portar el Mgehye, la destrucción, en la Noche de la devastación, para acompañar a la Hija del Dragón!

Los esclavos me siguieron. Juntos aprendimos a forjar hachas, dagas y espadones destinados a cazar a todos los que se refugien bajo la bondad.

He fantaseado con ese día, el día en que mis hermanos consuman sus ciudades podridas.

¡GN'TH'BTHNK EPHAILI GN'TH!

El suelo se teñirá de su sangre inmunda y sus gritos ahogados serán la sinfonía que marcará los pasos en el desfile. Los océanos hervirán como el caldero de una bruja. Los huesos de esos miserables se pulverizarán bajo nuestras pisadas.

La mesa redonda

Revelaciones dragontinas

Era el mayor de seis hermanos. El primero en eclosionar bajo el árbol de la desesperación, en el bosque de las tinieblas. Un dragón con escamas de metal y ojos de ébano. La primera nota musical en la nueva canción de las tierras legendarias.

Aunque fue protegido por el calor de su nido, desde muy pequeño el olor de la carne quemándose ya lo volvía loco. Se ganó el apodo de "El Depravado".

De cachorro, solía matar pequeños animales y esparcía los cuerpos por su cueva. De sus seis hermanos, él siempre divergía por no tener compasión, pero esa era su naturaleza como dominador. El perverso cruzaba, insistentemente, umbrales que ningún ancestral había contemplado.

Todos los nietos de la sagrada cantora representaban el orden de esos lares. Fuerzas de la naturaleza que, aunque libres de la responsabilidad de reinar sobre sus habitantes, moldeaban el destino con su presencia.

Todos menos Dominus, quien buscaba la desdicha. Un agente de la disputa. Este sentimiento alimentó la semilla de la discordia plantada en él cuando nació, la cual creció en su enorme corazón día tras día. Así partió hacia el sur, a regiones desconocidas, sumidas en la oscuridad por eones; lugares que ya existían mucho antes de que el sol comenzara a brillar.

Allí construyó un nido, arrasando kilómetros de jungla. Cuando los habitantes de esas tierras, hombres primitivos y toscos, lo vieron, se arrodillaron ante él, pues no podían darle batalla.

Levantaron templos en su nombre, enormes estructuras de metal que él fundía con su poderoso aliento de fuego, con techos punzantes y enormes arcos.

En estas escalofriantes capillas se celebraron grandes festivales en los que todo tipo de vulgaridades se hicieron presentes. Copuló con las esposas de sus fieles, y cuando lo hacía sus ojos se tornaban carmesí.

De estas atrocidades nacieron criaturas feroces que juraron lealtad a su padre y blandieron espadas hechas con las paredes de su iglesia.

Y los otros seis pilares, al enterarse de aquellas herejías, sentenciaron:

J'LUHAR EPHA AHRI MGE NGHA

No importaba adónde fuese, el juicio caería sobre él con toda su fuerza, blandiendo una espada dorada, vestida de seda, acompañada por un corcel blanco con un solo cuerno.

Esta sería la condena del pilar de la dominación, y lo llevaría a la más profunda desesperación.

Capítulo IV: El Castillo

La canción del castillo en el cielo

Revelaciones de Sophia

La melancolía se vuelve una enfermedad que se derrama de mis ojos. La decadencia allá afuera duele como una puñalada en el pecho. Hace ya mucho tiempo mi último vestigio de ternura se fue volando a la luna, y quedé sola con mi bebé.

Quiero estar donde la luz brilla con tonos áureos, esos que quedaron pintados en mi cabello y en mi piel. ¡Qué distante quedó todo eso! Los días bailando bajo el sol, mi ingenuidad, la gentileza del atardecer. El pasto de primavera bajo mis pies. Los colores se veían más intensos en aquel entonces. Una amable infancia.

Quiero estar en donde la cotidianeidad y la simpleza me regalen una vida valiosa.

Nadie recorre los pasillos de mi inmenso hogar, solo yo, como un fantasma obsesionado. Al nacer, mi progenie cayó en un sueño del cual no volvió a despertar, y en su fantasía creó dioses que desprecian

la bondad. Yo no engendré el mal, pero este halló la forma de anidar en el ego de mi primogénito.

Estoy aislada, en un rincón de lo absoluto, mirando los astros nacer y morir, perdiendo mi fascinación. ¿Qué me queda sino el anhelo de lo que se perdió en mis recuerdos? Por eso, en lo profundo de mí aún titila una chispa de esperanza.

Tal vez, si encuentro un lugar en donde el resplandor dorado aún se niega a morir, pueda volver a sentir el pulso de la vida en mí. Si abandono esta mansión podría desprenderme de mi majestuosidad, para volver a ser libre, desconocida.

Repito una y mil veces el recuerdo de una canción que mi abuela le cantaba a mi madre, que mi madre me cantaba a mí, y que ahora yo le canto a mi niño.

En'ghft nog Ph'nglui ya vultmag

Ya wugah'nagl ah naior

Eng y' mgep nog 'fhalma

Mi corazón roto

Revelaciones del lamento

Duele no tener a quién amar. Habitar en el desconsuelo. ¿Soy yo la humillada? Porque mi identidad no es mía. Ninguna de las lágrimas que corren por mis mejillas me pertenece; son de mi luz, el llanto de la doncella que me precede.

Yo no surgí de la chispa primordial. Soy la no nacida, engendrada por el pesar de una madre que se pierde en su añoranza, melancólica e irresoluble. Su dolor creció desproporcionadamente y cuando ya no pudo soportarlo más lo arrojó al vacío, llevándome con él. Allí es donde me formé, como la peste en un sumidero. Me colé en los lamentos de aquellos que habían olvidado la esperanza.

Vi a mi otro yo, entonando una triste melodía entre diamantes. Observé sus ojos, vacíos y perdidos en un dolor que no comprendía. ¿Era yo quien causaba el sufrimiento o fue ella quien me creó para soportar lo que no podía contener?

Mientras contemplaba comprendí que ambas éramos dos partes de un mismo todo, pero que yo nunca podré sentir alegría ni tampoco podré cantar.

Poco a poco, mi cuerpo comenzó a emular el suyo. Pasé de ser angustia a ser mujer, con cabellos rubios como los de ella. Pero mi voz no pudo reflejar la suya, la mía se moldeó en disonancia; ronca, desgarrada, como la de un hombre enfermo.

Me desprecié y con ese desprecio tejí un vestido de color gris y trencé una corona de espinas que clavé en mi cabeza. Así visité pueblos condenados por el hambre, intenté alimentarlos, pero sus lenguas se tiñeron de azul. Busqué salvarlos de la penitencia. En la punta del universo, lloré, y linajes a través del cosmos quedaron sepultados en mi purulenta vigilia, y eso me rompió el corazón.

Busco ahora algún ser horrible como yo, para así recitar enseñarle mi poesía. Una canción marginada.

Y' ah en'ghft Ph'nglui vultmag

Ye' nog wugah'nagl

I' ah'n'gha fhalma

El cuerpo del horror

Revelaciones de la bestia de las cien mil miradas

Al fin podemos sentir, oler, escuchar. Después de tanto tiempo exiliadas en el vacío, nuestros miles de ojos se abrieron. Al principio escuchamos voces y la oscuridad se transformó en siluetas, presentándonos el mundo material.

Pudimos distinguir los gritos de los marginados, llamándonos. Sucios, enfermos; algunos riendo, otros bailando.

Ya los habíamos visto. Nos hizo gracia que no sintieran nuestra llegada, así que nos presentamos y sus miradas se encandilaron en reverencia.

Habían estado esperando por nosotras, y eso nos dio felicidad. Empezamos a llorar. Lloramos hasta que de nuestros ojos brotaron lágrimas de sangre. Y ellos se rieron de nosotras, y reímos con ellos, y reímos tanto que cayeron al piso en locura y vomitaron pus negra. Se atragantaron con sus fluidos, haciendo ruidos de arcadas.

Nos acercamos a cada uno de ellos, desfigurados en el piso, y nuestros labios se movieron solos y dijimos nuestras primeras palabras siendo seres de piel y huesos:

YA GOF'NN PH'NGLUI AH YEMEG

Les escupimos en la boca. Sus pechos se agrandaron y sus músculos tomaron formas extrañas que reflejaban nuestra monstruosidad. Allí incubamos a nuestra progenie, en forma de crisálidas hechas con nuestra propia bilis.

Pronto se levantaron, con las piernas y los brazos rotos, y se apilaron unos sobre otros. Una colmena de deformes.

Nos perdimos en el bosque, buscando a nuestros hermanos esparcidos ahí, y todo lo que pisamos se convirtió en brea y murió bajo los dedos de nuestros pies.

Una carta de disculpas

Diario de Morgana, la bruja de invierno V

La noche que la confronté, la vi cansada, pero aun así vomité toda mi incertidumbre. Fue después de la última reunión en la Tercera Capilla de la Sangre, antes de emprender el viaje hacia el norte.

Estaba organizando constantemente las tropas para el último asalto, entrenando a la horda día tras día. La responsabilidad la estaba consumiendo. Pese a esto, el dolor en mi pecho era mucho más grande que mi razón.

Habíamos repasado la estrategia y dejamos claro que los menos preparados probablemente iban a morir a causa del frenesí de los draconianos. Ahí la vi. Su postura era impoluta, pero cuando nuestros ojos se cruzaron sentí fragilidad. En retrospectiva, fui muy egoísta. Dejé que el trauma dictara mi acción. No fui capaz de comunicarme con confianza, y de haberlo hecho, seguro no habría podido creerle.

Siempre fui terca, y estaba segura de que esa parte de mi personalidad era una virtud. Resultó que estaba

equivocada. Cuando todos se retiraron a sus cuartos, me acerqué a ella y la agarré del brazo.

— Samara, necesito saber si me amas —le dije con una voz frágil y temblorosa.

Por primera vez, en años de verla fuerte y dura, la inquebrantable espada de fuego derramó lágrimas. Mi cuestionamiento estaba arruinándolo todo. Traté de abrazarla, pero ella estaba indispuesta. A pesar de estar llorando, su rostro estaba fijado en una expresión fría.

Respiré con dificultad, miré a todos los rincones buscando una salida, una solución, y balbuceé. ¿Qué podía hacer? Gritó mi nombre, me observó con desilusión.

— ¡MORGANA! ¡Sí te amaba! Te entregué la intimidad de mi cuerpo mortal. Mi especie desprecia a la tuya, por eso nunca me vinculé con un humano… y lo hice contigo luego del festival. ¿No es esa la mayor demostración de amor que podría darte? —me respondió, tajantemente.

— ¿¡Entonces por qué me ignoraste luego de esa noche?! ¿Por qué te burlaste de mí en la iglesia cuando me viste tirada en el piso después de ver esa abominación de carne? Me sentí desamparada, yo solo quería tu contención, pero no recibí nada. ¡Solo rechazo! —le grité, frustrada.

— ¡Porque esta es mi primera vez! Morgana, yo nunca sentí amor antes. Por mis venas corre la sangre de un dragón. Viví enfocada en la única cosa que realmente me importa: mi padre. Te conté eso la noche del festival, pensé que lo tendrías presente, y sentí la confianza de poder tomarme un tiempo para disfrutar del anuncio de su vuelta. No te ayudé a levantarte en la capilla porque pensé que eras más fuerte, porque eso me mostraste. Asumí que nos entendíamos, pero al parecer estaba equivocada… — Ahora, ya ofuscada por la frustración, añadió — Ya no quiero volver a verte.

Sus palabras cayeron con todo su peso sobre mí. Su semblante no cambió, la decepción brotaba de su mirada, pero no se apartaba de mí.

Me desmoroné. La promesa de la puta carmesí, que se repetía en mi cabeza afirmando que esto estaba destinado al fracaso, envenenó mi presente. No disfruté del cariño genuino que tenía frente a mí. Pude haberla amado en su lenguaje: el de las acciones y la compañía. Pero insistí en que fuera en el mío. Me pidió que me fuera. Volví a mi cuarto, al final del mismo pasillo donde estaba el suyo, y sentí algo peor que la maldición de una morbosa diosa alienígena: la culpa.

Mi sudor por las noches era helado. No podía dormir, pero tampoco podía levantarme de la cama. Me revolcaba, gritando, desesperándome. No pude comer, no pude estudiar. Mi intelecto, ese que me hacía sentir superior, no me servía de nada ahora. Le escribí cartas, trágicas, en donde repetía mil y una veces lo mucho que sentía haberla lastimado, y todas me las devolvió arrugadas. Eso lo hizo aún más difícil. Pasé horas dando vueltas por la academia, pero ella no salió de su habitación, o al menos yo no la volví a ver en los pasillos. Mandé todo a la mierda.

Toda mi vida adoré al mal y este se infiltró en lo más profundo de mi corazón, impidiéndome disfrutar de ser correspondida. Ahora soy una contradicción. Es lógico: había sentido tanto odio durante tantos años hacia cualquier forma de afecto que terminé corrompiendo mi propia naturaleza; la de amar, la de cuidar, la de acompañar, la de escuchar. Ahora estoy acá, arrodillada, pidiéndole al cielo que me conceda perdón, por tantos años de inmoralidad, años sin pensar en las consecuencias que la perversidad podría tener en mi alma.

Puedo intentar llevar como un amuleto saber que me amabas, y que en tus entrañas existía algo de cariño para mí, pero solo es un consuelo para mi alma desesperada. Falta una semana para la marcha, y con ella vendrá la distancia marcada por la batalla, la sangre, el dolor de ver a más de mis alumnos morir.

Te amo, Samara, pensaba en honrar tu nombre, en que esa sea mi promesa para vos, pero ya no tiene fundamento. Hoy dejo nuestro amor morir en los bosques embrujados.

NO HAY NADA QUE EXTRAÑE MÁS EN ESTE MOMENTO TAN OSCURO QUE EL CALOR DE TUS BRAZOS...

Revelaciones del señor oscuro

Una grieta se abrió en medio de los bosques encantados. Desde los confines del tártaro, se arrastró una horda de reptilianos, con cascos forjados en acero quemado.

Gritaban y se empujaban entre ellos, apurados por entrar en frenesí, babeaban, algunos se arañaban los brazos, arrancándose la piel, mientras otros golpeaban sus espadas contra el piso, gritando todo tipo de blasfemias. Era la casta del dragón, que finalmente emergió de las entrañas del averno.

Desde los bosques, un ejército de licántropos armados con hachas y mazos, aullando y rugiendo, acompañados por magos en túnicas negras, todos dirigidos por la bruja de fuego, que también vociferaba violencia, se levantó con rumbo al norte. La infame legión de inmundicia.

Caminaron durante días, sin descansar. A la mitad del trayecto, cinco mil guerreros draconianos, cincuenta abominaciones y treinta hechiceros se habían reunido alrededor de una montaña.

Esperaron por horas hasta que, desde las enormes piedras, un caballero de armadura oscura bajó sin dificultad.

Al llegar frente a la multitud, los observó a todos. Era imponente, su yelmo simulaba la cabeza de una fiera con seis cuernos, sus hombreras tenían picos punzantes, desprendía un hálito de autoridad absoluta, y no dijo una sola palabra.

Se arrodillaron ante él. Samara, la Hija del Dragón, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza. Le confesó cuánto había anhelado conocerlo, pues él no solo era su progenitor, sino también el de todos los monstruos que habían emergido del pandemonio. Él la empujó con desprecio, golpeando con fuerza su cara, arrojándola al suelo. Lejos de sentirse avergonzada, la princesa se levantó y gritó:

— ¡Hijos del dragón! ¡Hijos de los demonios! ¡Maestros de la oscuridad! Esta noche marchamos, guiados por la destrucción, hacia la victoria de la Nueva Orden del Depravado sobre la Primera Orden de los cielos.

Cuando terminó, se escuchó un estruendo visceral, más poderoso que el de cualquier tempestad.

Eran las voces de los miles de brutos glorificando a su líder, excitados por la guerra.

Y continuaron su viaje, arrasando con todos los pueblos en su camino. Los eruditos, en su mayoría Noctómanos, se establecieron en las villas, robaron, saquearon e impusieron. La ocupación tuvo lugar.

Hombres y mujeres que practicaban la fe de la Primera Orden fueron decapitados, y a aquellos que negaban al Arquitecto se les recompensó, dejándolos participar en orgías en donde profesaban el vicio y se exaltaban en rondas, alrededor de hogueras y gentiles empalados, dirigidos por Asmodeo, quien observaba en silencio. Los demás guerreros, draconianos y abominables, siguieron su peregrinaje, hasta llegar a tierra santa.

Por años, la Primera Orden preparó a sus caballeros, pero nunca imaginó el despliegue de las tropas enemigas. Ángeles y arcángeles bajaron del cielo, vestidos de oro, para escoltar a los servidores de Yaldabaoth.

Cristian VIII, el general de los paladines, lleno de virtud, salió junto a sus hombres a las afueras de la Iglesia y los preparó para el enfrentamiento.

— ¡Hijos de Dios! Esta noche peleamos por los vestigios de luz, por el amor y la lealtad. ¡Benditos sean los que traen la paz a este mundo hostil! ¡Que la tentación nunca corrompa nuestro temple ni consuma nuestra humanidad! ¡Amén!

Y los mil hombres bramaron, alzando sus manos, para luego empezar a murmurar, algunos sudaban y otros oraban, sabiendo que iban a morir llevando el estandarte de la Primera Orden hasta el final.

Las Fuerzas del Mal pararon a una milla de la base sacra y esperaron la señal de ataque, que sería dada por Samara.

Y una mujer de cabello blanco y ojos como el cielo subió las escaleras del templo, y todos los vasallos del Arquitecto quedaron tan estupefactos al ver a la legendaria Bruja de Invierno, que no pudieron hacer nada más que observar. Morgana se acercó con prepotencia al papa, el rango más alto en la jerarquía de la iglesia, quien vestido con una túnica blanca se

arrodilló ante ella, y juntando sus manos en un puño que temblaba pidió clemencia. Y ella le dijo:

— El dragón reencarnó y su voluntad es la de llegar a la punta del paraíso para tirarlo abajo y así poder construir una catedral negra, tal como lo había hecho en el sur de su tierra natal. No habrá piedad en su conquista, pues así está escrito. Ese es el mensaje que tiene para ustedes.

Con la agilidad de una lechuza, agarró al anciano, se puso detrás de él, lo tomó del cuello y con su varita negra lo cortó, dejando una estela con tonos púrpura en el aire al dibujar la ejecución del pontífice. Su sangre se derramó por todo el mármol de la iglesia, y ella caminó con velocidad hacia la salida.

Del charco se levantó Babalón, y de su espalda brotaron centenas de tentáculos. Estos se retorcieron hasta mutar en criaturas que parecían estar hechas de carne fresca. Obispos y cardenales sobresaltados corrieron para socorrer al santo padre, solo para ser engullidos por los esbirros. Les abrieron los estómagos escarbando en sus adentros para devorarlos hasta solo dejar la cáscara.

Samara gritó, y se libró la feroz batalla, en donde guardianes del cielo y hombres santos encontraron un mismo final.

Lobizones, inmersos en la fiebre bélica, se abalanzaron hacia los hijos del sol, arrancaron sus brazos, los despellejaron, desde el más inútil hasta el más curtido, los partieron a todos por la mitad, haciendo volar por el aire sus extremidades.

De entre la vorágine se hizo camino el templario virtuoso. Enfrentó a los vástagos con astucia. Sus zarpas resquebrajaron la resplandeciente coraza que vestía. Fueron veinte abominaciones y veinte draconianos a los que ajustició, con mucha dificultad, hasta que Samara se fijó en él, lo miró con desprecio y dio la alerta. El legado de la horda entró en éxtasis, saltando sobre pilas de cadáveres, fijándose en él, espumando un líquido verde por la boca.

Cristian no tuvo miedo, confió en su fe hacia el Arquitecto, y corrió hacia el frenético draconiano. El filo de su arma se golpeó contra el Mgehye, y la destrucción lo derritió. En ese momento vislumbró lo que había intentado ignorar desde su juventud: él era solo un humano, un peón más de la Primera Orden que, aunque fuerte, no iba a poder dar batalla a un hijo

del dragón. Fue abandonado por sus inocentes ideales. El templario intentó clavar lo que quedaba de su espada en el pecho del draconiano, pero este agarró su mano y la estiró, desgajando la extremidad, con un chasquido húmedo que significó el final para el nacido del alba.

Metió sus garras en las cuencas de sus ojos, despertando un sollozo que no se escuchó en el tumulto, y de un tirón desprendió la cabeza del cuello, mostrando la columna como trofeo, y el hombre se desplomó en la arena, entre los cuerpos de sus hermanos abatidos. Los templarios que estaban alrededor miraron esta escena, abriendo sus ojos con pavor, e intentaron rendirse, pero el legado los eliminó a todos.

Samara desnudó los dientes en una mueca cadavérica, un desvergonzado gesto de gozo, para luego unirse al festín, hasta atragantarse con sus órganos, mientras se burlaba de sus víctimas, junto a su súbdito.

La tan ansiada quimera de la iniquidad se materializó entre las tripas y la sodomía.

Pronto los reptiles de fuego se descontrolaron. Eliminaron a hombres lobo y a templarios por igual,

los comieron, los violaron y luego se mataron entre ellos sin piedad, sumidos en una rabia ciega a su propia especie, y solo fueron detenidos por las órdenes dictadas por Samara, como vocera del Caballero Oscuro.

La milicia del edén intentó frenar a las hordas, pero fue en vano, pues los ángeles caídos fueron la muralla férrea que los detuvo antes de llegar a la tierra.

Del firmamento cayeron los cuerpos magullados de los celestiales. Con las caras deformadas estallaron en el suelo. Una lluvia de despojos.

Y se agasajaron los bárbaros, atiborrándose con sus restos, hasta que sus estómagos reventaron. Y los magos oscuros admiraron desde los pueblos cómo los inmaculados meteoros brillaban al precipitarse, bañando al nuevo mundo. Y Saklas y Azazel bajaron también, postrándose ante su amo y señor.

Los pocos que llegaron al campo de batalla con vida, los más fuertes, perecieron bajo el yugo del mismísimo Depravado.

Allí, donde su sombra se extendía, ningún juramento divino pudo detener su expansión.

Tomó su espadón, un bloque de hierro tosco con el tajo mellado, y los desmembró, y a algunos les cortó las alas poniendo sus escarpes en sus espaldas para estirarlas con mucha fuerza. Cuando los arcángeles mayores intervinieron, Morgana entregó a la encarnación del mal un pesado grimorio hecho de cuero carbonizado. El Libro de la Insoportable Oscuridad. Exclamó un maleficio en una rota y desvirtuada versión del lenguaje primordial:

EMLAGAKTH

Voces guturales sonaron desde las profundidades del mundo. Cantaban, y ese canto hizo que los árboles temblaran, hasta que una ilusión emergió desde la cabeza del Señor Oscuro. Las fauces de un dragón con escamas negras y ojos de profundo color rojo. De su boca salieron llamas sombrías como su misma piel, incinerando todo frente a él.

Y las huestes pararon en las puertas del templo, se arrodillaron, y dejaron que El Depravado avanzara solo, bañado en el icor de sus enemigos, el cual dejó huellas carmesíes en las escaleras.

Al entrar se encontró con su consorte, Babalón, quien le quitó el casco, aunque nadie pudo ver su rostro, y

lo besó. Este la rechazó, pero ella siguió intentando, ya que la violencia alimentaba su lujuria. Fornicaron, en una morbosa escena, golpeándose entre ellos, ahorcándose y escupiéndose, mientras el caballero la penetraba y ella gritaba de placer.

Cuando terminaron, el Señor Oscuro se acercó a un altar blanco, en el centro del templo, y clavó su espadón en este, abriendo un vórtice que irradiaba magia desconocida, una que nadie había visto en este plano. El súcubo empezó a reír y todos los energúmenos que estaban afuera la acompañaron con descompuestas carcajadas.

Explosiones alumbraron el firmamento. Las estrellas titilaban en ritmos lentos, pero con mucha intensidad, y entre sus sombras se vio un castillo.

Las criaturas presentes admiraron esta escena en silencio. El mal había triunfado y miles de años de desolación seguirían a esta victoria. El sol no volvería a brillar y la esfera nocturna ahora devoraría el mundo de los mortales para dar comienzo a una era de adulterio. Enormes estructuras se levantaron en todos los continentes, y ocuparon las tierras y los mares.

El emperador del nuevo mundo recorrió sus nuevos dominios, montando una deformada máquina hecha con los miles de restos de sus enemigos, y colocó sus manos en los pilares que estaban en tierra. Estos se levantaron aún más, dejando ver que eran parte del inframundo.

Y todos los hombres y mujeres que sobrevivieron a la devastación ofrecieron a sus hijos como esclavos o estudiantes a las Fuerzas del Mal.

Los eruditos construyeron vehículos que vomitaban fuego azul, usando la magia oscura, y estos, cual dragones, se usaron para cruzar el cielo. Destruyeron los bosques y drenaron los océanos por años. En estos terrenos infértiles los esclavos erigieron ciudades con enormes catedrales, para que la descendencia de Dominus pudiera habitarlas y reproducirse.

Morgana comunicó los sueños que tuvo, a lo largo de los años. Entregó sus diarios, reportes y todos sus ensayos sobre sus experiencias como profesora. Sin vacilar se ordenó la preparación inmediata de las legiones más letales.

Desde los confines más remotos del vacío, la gran depresión se acercaba, aquella que había sumido las

tierras lejanas en una densa niebla. Los magos, nuevos amos de los pueblos subyugados, trajeron noticias aún más inquietantes.

Había surgido una iglesia errante, escondida en recónditas cavernas, que no veneraba a los dioses ni a los demonios conocidos, sino al horror recién nacido, la Hija de la Calamidad. Sus fanáticos se ofrecían voluntariamente como recipientes, incubando en su carne los huevos de la criatura, gestando su abominable familia.

Este es el preludio de la guerra eterna, un apocalipsis profetizado en los textos de la academia, el sueño del Depravado, una carnicería sin fin. Así, todas las flores de jazmín en las tierras oscuras se marchitaron.

La canción de Sophia dejó de sonar, fragmentando los mundos ocultos. Y los tambores de los demonios retumbaron más fuerte, y resonaron a través de la gran masacre.

Yo sembré la discordia en los corazones de los Hijos del Sol cuando vieron su ocaso en el sur de las tierras oscuras.

Y en ellos nació la duda, y se casaron con la desesperación y de sus pechos tomaron.

Y en su incertidumbre construyeron mi máquina de guerra.

Luz y fuerza

Veinte años habían pasado desde la Noche de la Devastación. El mundo yacía atrapado en el sueño del Señor Oscuro, una visión nacida de la Gran Conspiración.

La capital del pecado estaba plagada por soldados dragontinos de todas las formas y tamaños, cada uno más amenazante que el anterior. Casi toda la raza humana había sido exterminada, salvo los magos, nuevos y viejos, y los seguidores de la Bestia de las Cien Mil Miradas, la diosa neonata.

Dos facciones se enfrentaban en el nuevo mundo. La Iglesia de los Horrores y la Nueva Orden del Depravado. La primera dirigida por el Cuerpo del Horror, y la segunda bajo el mando de Samara. Coexistían en una simbiosis violenta. La distopía de petróleo y azufre.

Sin embargo, existía otra especie, una que había escapado de las garras de la oscuridad: los Hijos de la Luna.

Hacía ya años que los Ahnah Yogshugg habitaban entre la chatarra de las enormes máquinas del Señor Oscuro, cuidando de la ternura, aquella que había recibido el mago empíreo en la noche de la crueldad, sin siquiera comprender completamente lo que era.

Una noche gélida, mientras la industria rugía en la ciudad, la lágrima lunar eclosionó como un huevo.

De ella emergió una pequeña criatura, aún más diminuta que los Hijos de la Luna. Innana la recogió, la limpió con un trapo sucio, y la abrazó con cariño, compartiéndole el calor de su corazón.

Por fortuna, y quizá debido a su naturaleza como pequeñas abominaciones, las Fuerzas del Mal no los percibían con su vigilante ojo carmesí, ni eran escuchados por los draconianos que patrullaban la ciudadela en busca de víctimas para torturar.

El recién nacido durmió, envuelto en una manta marrón. Tenía el tamaño de un gato adulto, su cuerpo estaba cubierto por pequeñas escamas blancas, casi translúcidas, una larga cola y un pequeño cuerno en la frente. Se parecía a un dragón. La llamaron "Mikael".

Innana y su camada la cuidaron, y excavaron hondo entre las piezas de acero, para estar en total seguridad. A la tercera semana, sus grandes ojos se abrieron, emitiendo un poderoso resplandor iridiscente que iluminó toda la sala en donde estaba.

Los Hijos de la Luna estaban fascinados, solo podían sentir alegría, así que bailaron y cantaron canciones inventadas con sonidos graciosos. Sintieron esperanza, como si la chispa primordial no se hubiese ido ya de las tierras oscuras, ahuyentada por la marcha de las serpientes de fuego.

Entre las risas el retoño brilló al ritmo de los latidos de su propio corazón, con una intensidad deslumbrante, y de repente, desapareció.

Los Hijos de la Luna lo buscaron por todos lados, pero no lo encontraron. Innana tuvo que salir a la superficie a buscarlo. Con cuidado, caminó por ese amorfo conjunto de brutales edificios, hasta llegar a las capillas. Ahí, vio un orbe de luz arcoíris que volaba sobre las catedrales del dragón, en la punta de las torres más altas. Cuando se movió, un aroma a jazmín impregnó el aire, desatando la furia de las huestes del dragón.

Era inaudito. Ellos vieron morir a esa flor. Se corrió el rumor hasta los altos mandos de la Nueva Orden de El Depravado.

Primero, la respuesta fue ambigua; si existía alguna amenaza, los arcontes ya habrían sido alertados, pero el Señor Oscuro era paranoico. Ordenó a toda su flota una búsqueda exhaustiva, pero no hubo resultados, ya que el recién nacido era más veloz e inteligente.

Aunque no encontraron nada, en el podrido corazón del Señor Oscuro la semilla de la discordia ya había germinado. Su ambición volvió a desbordarse. No veía nada más allá de la maldición impuesta por sus hermanos, miles de años atrás.

Comenzó a buscar obsesivamente una manera de recuperar su forma primordial: aquella con alas colosales y una mandíbula poderosa. Se encerró en la torre más alta de su enorme fortaleza e inició un doloroso proceso de metamorfosis, custodiado por su hija y el portador del Mgehye.

Morgana fue la única de la élite militar que percibió el aroma de la flor blanca esa noche, desde el balcón de su habitación. Sintió una inesperada nostalgia y recordó la noche con su primer amor.

Cuando se acostó a dormir, soñó con dos estrellas danzando en medio de la vía láctea, lanzando destellos de luz entre ellas, explotando y reconstruyéndose.

En lugar de la angustia que solía consumirla en sus visiones nocturnas, esta vez sintió algo más. Una bocanada de aire puro.

Bajo aquel baile estelar, la Bruja de Invierno vio a pequeños seres, semejantes a niños, bailando en círculos. Cantaban en una versión bastarda del lenguaje primordial, repitiendo lo que ella escuchó como:

Bonito, brillante, hermoso...

Emociones inocentes, dulces, invadieron su mente y su corazón, imágenes de ella y su amada pasaron frente a sus ojos. Una lágrima rodó por su mejilla, transformándose en una enorme cascada de agua cristalina. Y entonces despertó. Suspiró y volvió a dormir, como si nada hubiera pasado, como si todo se hubiera desvanecido de su memoria en ese instante.

El orbe volvió a Innana, ella lo abrazó con mucha tristeza, porque sintió la despedida.

La criatura voló hacia tierras desconocidas, dejando una estela a su paso, como una estrella fugaz. Los pequeños Ahnah Yogshugg ahora cantaban todos los días, desde su madriguera de acero, y cada vez que lo hacían sus corazones se llenaban de fuerza.

Ymeg' uh'eog ah ah'maglew'nafh

C' yar megep nog

La guerra siguió su curso, por cientos de años más, la sombra se hizo cada vez más grande, así como la maquinaria, que se hizo más brutal, compleja y hambrienta, y el mundo fue su festín.

Y desde el otro lado del moribundo océano se escuchó una canción…

Una historia tan antigua
cómo el tiempo, sobre la lucha
entre la luz y las sombras,
sobre el anhelo y la
nostalgia de un
tierno pasado en un
presente enfermo...

ISBN: 978-99989-1-449-0

Choth libros